

PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: San Sebastián. :: Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.
AÑO I.—NÚMERO 18.
21 JUNIO 1925



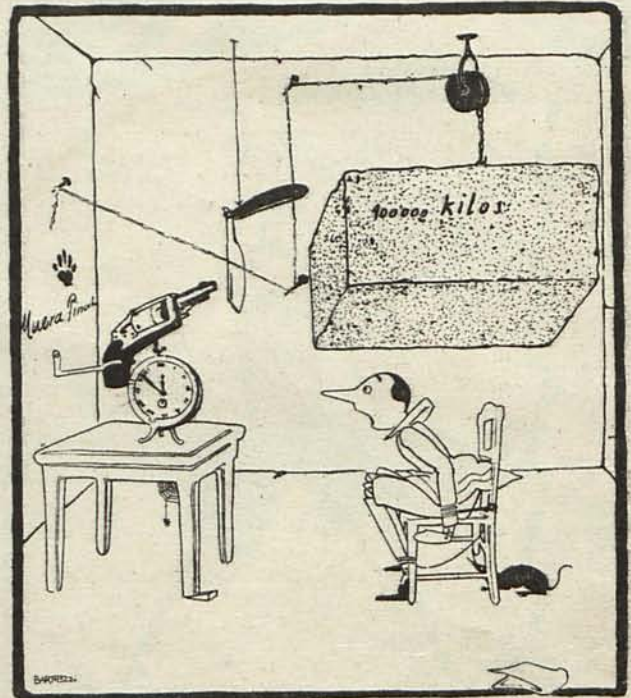
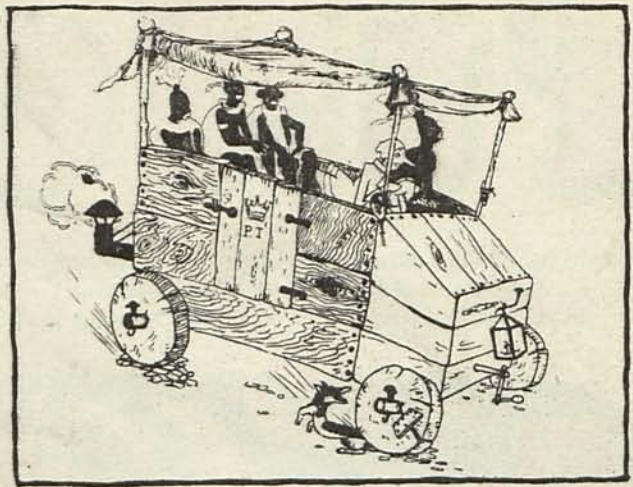
Pinocho es el futbolista de mas arrojo y mas vista.

Regateando es un "as," ni Monjardin vale mas.

Aprovechando un desliz hace goal con la nariz.

Pero en cambio si es portero, el contrario queda en cero.

CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

CURiosIDADES

UN RÍO PROTECTOR

Hay un río protector, bueno y generoso, que alimenta a toda una nación con sus inundaciones. Este río se halla en Africa. Este río es el Nilo. Atraviesa el Egipto; tiene una longitud de 1.300 leguas, desembocando en el Mediterráneo. Sin embargo, la comarca beneficiada por las aguas del río es relativamente pequeña. El Egipto se reduce al valle del Nilo, es decir, a una extensión de terreno poco más grande que Galicia. En el Egipto se hallan las famosas pirámides, cuyos interiores están llenos de habitaciones, salones y pasillos ornamentados y amueblados con real magnificencia. Esas pirámides, como sabéis, son las tumbas de los reyes que dominaron en Egipto, hace siglos. Pues bien, este país no existiría si no fuera por el Nilo. Si no fuera por este río, en Egipto no existirían pirámides, pues no habría sido habitado nunca, de seco y estéril que es su suelo. Pero el Nilo es, como pocos, un río cariñoso. Todos los años, hacia mediado de junio, el Nilo crece, aumenta su corriente y se desborda, inundado todo el país. Crece más y más, y Egipto, en el mes de septiembre, es una inmensa laguna, de cuya superficie sobresalen las ciudades, aldeas y habitaciones, edificadas para el caso sobre eminencias naturales o artificiales. A fines de noviembre recobran las aguas su nivel ordinario, dejando el suelo cubierto de una fertilísima capa de fango que sustituye a los mejores abonos.

Esta capa de fango hace el suelo productivo en extremo, hasta el punto de considerarse el Egipto, no por su extensión, pero sí por su abundantísima producción, uno de los países más ricos del mundo. En Egipto no llueve o llueve muy poco, la tierra es seca y sólo por las inundaciones periódicas del río se consiguen hermosas cosechas en un suelo impropio para el cultivo. Fácil es imaginar la adoración que los egipcios tienen al Nilo. Desde épocas remotísimas los habitantes del país han venerado a su río como a un dios, y se han considerado deudores suyos. Esta veneración está justificada. Herodoto, el primero y más famoso historiador griego, aseguró al visitar el país: «El Egipto es un don del Nilo». Y, efectivamente, el Egipto debe al Nilo su vida. No hay en ninguna parte del mundo un río tan generoso como éste, tan bueno y tan beneficioso. Los egipcios, para aprovechar regularmente las crecidas del Nilo, han hecho infinidad de trabajos hidráulicos, beneficiando de esta forma el regadío de las mayores extensiones de tierra. Es muy famoso, entre aquellos trabajos, el del lago Meris, cuya situación está ya bien averiguada. En cuanto a la historia de Egipto, refugiada en las pirámides, en las tumbas de los reyes, es de un grandísimo interés. Pero hoy dejaremos esa historia. Hoy no nos interesa otra cosa que el Nilo, el río protector, su genesosidad, sus desbordamientos.



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE C A B E Z A DE P i E D R A POR E S A L G A R Í

(Continuación).

Los cuatro plantigrados se habían acercado a la lumbrera, siempre avanzando sobre sus patas traseras para que su salto fuese más potente, y se disponían a rodearla por la derecha, en tanto que los silbidos del Aguila Blanca se percibían más agudos cada vez.

—Señor Riberac —dijo Jor—, este es el momento de empeñarse a fondo. El alba está aún muy lejos para que la esperemos.

—Estoy conforme —repuso el traficante—. Disparemos, pues, las carabinas, y al hacha después. Señor Oxford, ¿podemos contar con su mosquetón?

—Ya lo veremos —dijo el secretario—. La culata pesa mucho y de algo me servirá.

Los osos se precipitaban rugiendo. En un instante los siete hombres se echaron a la cara sus armas y dispararon casi a quemarropa. Otro oso cayó esta vez; pero los tres restantes permanecían en pie, más o menos heridos; pero tanto más peligrosos, por consiguiente.

Los plantigrados, excepto los blancos y los grises, no asaltan casi nunca; pero si se les hiere, no vacilan en lanzarse a la desesperada sobre sus adversarios, validos de su fuerza y de la robustez de sus garras.

Los siete hombres, cuyas armas estaban descargadas y no a punto de cargarlas en el acto, se replegaron confusamente hacia el refugio, y una vez allí blandieron sus hachas. Cabeza de Piedra fué el primero en chocar con el primer asaltante, que perdía sangre en abundancia por una herida recibida en pleno hocico, y lo asaltó como si se hallara en el abordaje de un navío. De un terrible hachazo le cortó limpiamente una pata, haciéndole prorrumpir en espantosos aullidos. En seguida lanzóse contra el segundo.

Petifoque, Jor, el traficante y los dos tudescos también se habían precipitado contra los peligrosos animales. El señor Oxford, por su parte, no teniendo hacha, recogía ramas incandescentes y las arrojaba a las fieras, haciendo llover sobre ellos una verdadera lluvia de chispas, mientras procuraba no abrasar a sus nuevos amigos.

Otro oso, espantosamente mutilado, sin orejas y con una mandíbula colgando, cayó para no levantarse más. Wolf acercóse a él y le hendió el cráneo de un hachazo. Los otros tres, uno de ellos ya manco por obra de Cabeza de Piedra, después de intentar en vano ahogar a sus adversarios entre sus poderosas patas, espantados además de las chispas de fuego que les arrojaba el secretario del marqués, se decidieron, al fin, por emprender la retirada, a pesar de los silbidos estridentes del indio, dejando sobre la nieve un reguero de sangre.

—Dos menos —dijo el viejo bretón secando su hacha en un montón de hojas acumuladas por el viento—: Nico I y Nico III. ¿No se habrá convencido aún el indio de que no somos hombres que escapemos ante sus osos? Señor Riberac, ¿será el tal un hurón?

—Ni pensarlo —repuso el traficante—. Los hurones combaten de frente, y ese miserable no osa siquiera presentarse ante nosotros. Es un indio cualquiera, expulsado de su tribu; más bien mandano o algoquino que hurón, y convertido ahora en un peligroso bandido.

—¿Será espía de los ingleses?
—Puede ser. ¿Quién podrá asegurarlo?
—¿Vamos a sacarlo de su escondite?
—¿Con esta obscuridad y este viento? Pensad que sus osos aún están en condiciones de hacernos frente, aunque bastante quebrantados.

—Nuestros fusiles servirán de poco dentro del matorral en que se oculta el indio —dijo Jor—. El señor Riberac tiene razón. Esperemos al alba antes de tomar un partido. Ponerse en camino con este huracán, que rompe las ramas y hasta los árboles troncha, sería locura. Ya que hemos descubierto otro refugio, aprovechémonos de él, al menos por esta noche.

Recogieron piñas, ramas y hojas y alimentaron la fogata, que despedía llamaradas altísimas; tornaron después a la brecha del gigantesco árbol y volvieron a cargar las carabinas.

Entre los aullidos del viento se oían los rugidos salvajes de los tres osos. Las pobres bestias no debían hallarse muy a gusto después de recibir tantos hachazos y tantos proyectiles en pleno cuerpo.

Cabeza de Piedra encendió de nuevo su famosa pipa y se volvió a sentar junto al señor Riberac, que a su vez había encendido su último cigarro de Virginia. Los demás se habían sentado detrás de ellos y escuchaban, no sin ansiedad, los continuos gruñidos de las tres fieras, refugiadas probablemente en el macizo que servía de asilo al Aguila Blanca.

—¿Qué lástima no tener alguna de las pieles que os han destruido los ingleses! —dijo Cabeza de Piedra, que, como ya sabemos, no podía dar reposo a la lengua.

—Nos pasaremos sin ellas —respondió filosóficamente el traficante—. Pero aún no ha terminado la historia del marqués de Halifax y el barón, ¿no es cierto?

—No; el señor Oxford la ha dejado en la mitad.

—Proseguid vos entonces, maestro.

—Seré breve. Nosotros estábamos sitiados en Boston, pues las trincheras americanas, cuyas baterías vomitaban día y noche un furioso fuego sobre la desgraciada ciudad, era imposible atravesarlas. Habíamos conseguido arrebatarse al marqués la rubia miss, pero un mal día fuimos descubiertos. El marqués se había repuesto y no soñaba más que en ahorcar a su hermano.

—¿Es posible tal infamia?

—El verdugo de Boston, comprado por mí, lo salvó vaciando hábilmente la cuerda que debía hacerle bailar en el aire, y que se partió al peso del barón.

»En aquel momento los americanos se lanzaban vigorosamente al asalto, de modo que pudo ser salvado; pero, mientras, el marqués consiguió apoderarse de la miss y trasladarla a bordo de su fragata, que se hallaba en medio de las incontables naves del almirante Howe.

»Cuando los ingleses se rindieron, con el derecho de embarcarse sin la artillería emplazada en los fuertes, nos apresuramos a montar *La Tonante*, anclada aún en el río Mystic.

»Hicimos en seguida rumbo a las Bermudas, donde encontramos cuatro navíos corsarios armados por nobles franceses, los cuales arbolaban el pabellón americano, y con su concurso dimos a la caza de la fragata del marqués.»

—¿Y lo pudisteis alcanzar y abordar?

—La dimos alcance, sí; pero no pudimos abocharla porque cuando más seguros estábamos de poderla expugnar fácilmente, dos balas encadenadas nos destrozaron el palo mayor, inmovilizándonos en plena carrera.

»Mary de Wentwort estaba perdida otra vez para el desgraciado barón.

»Apenas reparadas las averías emprendimos un largo crucero en busca de la fragata, que sabíamos navegaba hacia el Norte, en tanto que todas las naves de Howe, dirigidas hacia el Sur, naufragaban miserablemente entre las islas Antillas.

»Fué un crucero largo y terrible, que duró muchas semanas; pero un día pudimos al fin saber que el marqués, con la muchacha, se había refugiado en la fortaleza de Sandy-Hook.

»El matrimonio, a pesar de las protestas de la miss, había sido acordado y se verificaría en la cripta de la capilla de San Jacobo.

»Ayudados por algunos amigos, invadimos una caverna que comunicaba con la inmensa iglesia, y cuando el sacerdote se preparaba a celebrar la ceremonia, irrumpimos furiosos, empeñando una lucha terrible con los marineros y oficiales ingleses.»

—De manera que no tuvo efecto.

—No, porque Mary Wentwort es hoy la esposa del barón MacLellan.

»El lord, empero, aprovechó la confusión para llevarse a la joven y refugiarse a bordo de su fragata.

»Esperaba acaso tomar el largo antes de nuestra llegada; pero no le dimos tiempo. Con nosotros teníamos cuatro navíos corsarios bien armados.

»Abordamos la fragata antes de que pudiese acudir en su auxilio la guarnición de Sandy-Hook, y los dos hermanos se atacaron a punta de espada por segunda vez.

Y le tocaría la peor parte al marqués, supongo.

—En efecto, salió con otra estocada; pero, sin duda, el barón, bastante más ducho en el manejo de las armas, no quiso terminar con su adversario, y de nuevo la quilla dura del marqués pudo reparar sus averías.

»Mientras tanto, Washington, se había apoderado de Nueva York, derrotando por completo a los ingleses y poniéndolos en fuga precipitadamente.

»Nos dimos a la vela con dirección a dicha ciudad, y pocos días después la rubia *mis* se convertía en la baronesa Mac-Lellan.

—El corsario fué demasiado generoso —dijo el traficante—. Debía haber colgado a su hermano de cualquiera antena. Así no se hubiera restablecido más. ¿Y por qué está el marqués ahora en el lago, mientras su hermano continúa en Nueva York?

—¿Usted lo sabe? Eso nadie más que el señor Oxford podría decirlo.

—Y lo diré —dijo el secretario, que había escuchado el relato desde su principio—. Porque está seguro de encontrar aquí a su hermano y darle muerte.

—El capitán abandonar Nueva York...! —exclamó Cabeza de Piedra—. No me habría enviado a mí con Petifoque.

—Es que entonces lo mismo él que Washington ignoraban la fuerza de la flotilla inglesa que se prepara a atacar Ticonderoga. Hará falta un hombre de mar capaz de encargarse del mando de las tartanas y bergantines americanos, y ya veréis cómo el capitán de *La Tonante* no tardará en acudir.

—¿Conduciendo consigo a su esposa?

—Así lo creo —prosiguió el secretario—. No estaría tranquilo dejándola en Nueva York. Hay allí muchos traidores vendidos al oro inglés. ¡Algo sé yo de eso!

—Me lo figuro —repuso Cabeza de Piedra—. ¿Aquí el capitán? ¡Ah, qué contento estaría si lo volviese a ver...! Entonces es absolutamente preciso que cumpla la misión que me confiaron, antes de que él llegue.

—Esperad a que podamos disponer de una chalupa —dijo Riberac—. Si los iroqueses han bajado ya hasta el lago, podremos conseguir de ellos cuantas queramos. El Caribú Blanco no es el Aguila Blanca.

—Pero mientras, pasan los días y las naves inglesas invadirán el Champlain.

—¡Callad, callad...! —gritó Jor—. Una tribu india atraviesa el bosque. Apaguemos el fuego al instante. En vez de los iroqueses pueden ser los mandanos o los algonquinos, guerreros harto feroces para que nos respetaran.

Todos se pusieron en pie y empujaron hacia el brasero montones de nieve, sofocándolo completamente. Las últimas chispas se habían disipado y una profunda obscuridad envolvía el pino, cuando se oyó, en el macizo donde se habían refugiado los osos heridos, resonar la poderosa voz del Aguila Blanca.

—El himno de guerra de los mandanos —exclamó Riberac—. Lo he vuelto a oír.

—Sí, sí, los mandanos —confirmó Jor—. ¡Oíd, oíd! Os lo traduciré yo, que conozco muy bien todos los dialectos de los pieles rojas canadienses. El Aguila Blanca no era un iroqués, como pretendía.

—¡Ah... dos veces canalla...! —exclamó el viejo bretón.

El indio, para llamar seguramente la atención de sus compatriotas, que desafiando el huracán de nieve bajaban hacia el lago como las otras tribus, empezó su belicoso discurso de este modo:

«— Lugares que el sol ilumina con su luz y a los cuales presta su nocturno candelabro de los rayos pálidos...

»Lugares que veis crecer las hierbas, correr las aguas, rumorear los torrentes y retumbar las cataratas: escuchad todos.

»Sabed que nos movemos en son de lucha y que las hachas de guerra han sido desenterradas.

»Hombres somos nosotros quienes vamos al encuentro de nuestros enemigos que huirán como viles *squaws* (mujeres) ante nuestros tremendos golpes.

»Sí, como una mujerzuela pusilánime retrocede y tiembla como la serpiente; mis ojos despiden chispas bajo las breñas; nuestros enemigos, atemorizados con sólo oír nuestro himno de guerra, huirán como cervatillos, más cobardes aún que ellos.

»Huirán en los bosques, temblorosos a cualquier rumor de hoja que cae; dejarán caer sus vestidos y sus *tomahawks*, y cuando vuelvan, si aún vuelven con vida a sus poblados, la vergüenza y el desprecio les oprimirán. O en medio de las nieves y de los vientos gélidos, cuando los bosques desnudos y estériles no den más fruto, morirán de hambre.

»Mueran nuestros enemigos, que huirán del combate con vientre henchido de hierbas, lejos de sus tiendas, sin amigos, sin consuelo, maldiciendo el día en que se pusieron en el sendero de la guerra contra nosotros, más valerosos.

»Nuestras hachas quedarán en sus aldeas como trofeo manifiesto y noble de nuestro valor. Si tienen arrestos para traérnoslas, cien cabelleras arrancadas y pintadas de varios colores adornarán nuestras tiendas, y cien prisioneros serán atados al palo del tormento para sufrir las más atroces torturas.

»Mas nosotros partimos... ¡Ah!... ¿Quién de nosotros volverá? Pobres niños, dulces esposas, ¡adiós!...

»Por vosotros, por vosotros solos nos es cara la vida; pero dejad de llorar. La batalla nos espera, y acaso nos veréis pronto de nuevo.

»Bravos guerreros: pensad en vengar nuestra tribu de las ofensas padecidas y a vuestros caudillos, si por desgracia cayeran guiándose al ataque.

»Sofocad, haced que cese el grito terrible de nuestra sangre derramada, alzando contra el enemigo vuestras potentes hachas.

»Inundad con su sangre los bosques, testigos de nuestra victoria,

para que no puedan decir a sus hermanos que no hemos destruído.»

La robusta voz del Aguila Blanca cesó entonces. A lo lejos otra voz, no menos potente, había respondido:

—Los mandanos están en el sendero de la guerra; ya vienen dispuestos al combate.

—Señores —dijo a este punto Jor, palideciendo—. Huyamos pronto. El Aguila Blanca sabe que estamos aquí y nos hará prender en el acto.

—¿Y adónde ir? —preguntó Cabeza de Piedra.

—Hacia el lago —repuso el canadiense—. Si los iroqueses han llegado ya, nos pondremos bajo su protección.

—¡Maldito país!... ¿Que no podamos descansar seis horas siquiera?

—¡Escapemos! —dijo Riberac—. Los mandanos están ya muy cerca.

Nos llevaremos aunque no sea más que alguna botella y un par de pernils —dijo Petifoque.

No había necesidad de recomendar tal cosa, pues los dos hessianos, que tenían interés por las comidas más o menos regulares, habían cargado ya con lenguas de bison y salchichones, y el secretario del marqués, por su parte, también había embutido en sus amplios bolsillos un par de botellas.

Los siete hombres, que veían aproximarse rápidamente el peligro, dejaron el gigantesco pino y se lanzaron en desenfadada carrera a través del matorral, sin preocuparse de los mugidos del viento ni de la nieve que ininterrumpidamente dejaba de caer.

Riberac había tomado el mando del grupo, por conocer los alrededores del lago mejor que Jor. Ya habían pasado felizmente tres o cuatro macizos de arces, cuando se oyó de nuevo la voz del Aguila Blanca:

—¡Deprisa, mis pequeños, a ellos...!

El miserable se había dado cuenta de la fuga de los canadienses y corría detrás seguido de dos osos, los únicos que le quedaban, pues el tercero seguramente había quedado muerto entre la espesura, con alguna bala en el cráneo.

—¡Deténganse los hombres blancos! —rugió, blandiendo furioso el hacha—. Mis compatriotas vienen corriendo, más ágiles que alces, y, si no obedecéis, os atarán al palo del tormento.

Sonó un tiro. Cabeza de Piedra, deteniéndose un momento para apuntar, había herido a su perseguidor, que cayó tendido en la nieve, entre sus dos osos.

—¡Muere, perro!... —gritó el terrible marino—. Ya habías vivido demasiado.

—¿Estás seguro de haberlo muerto? —preguntó Petifoque.

—Sé que lo he parado y que sus bestias se han agazapado junto a él. Por ahora me basta. Si lo he herido tan sólo y se cura, en otra ocasión no librará el pellejo. ¡Corramos..., corramos!... Los mandanos están ya encima, y si nos cogen no tendrán misericordia.

Los fugitivos reanudaron su carrera bajo la tempestad de nieve, haciendo un llamamiento a todas sus fuerzas. En lontananza se oyeron algunos disparos, seguidos de agudísimos gritos, que parecían proceder de una jauría inmensa.

Siempre se ha escrito que los indios, cuando entonan su himno de guerra, aullan de un modo terrible. No es así: ladran como perros, y el tal himno nada tiene de espantoso.

—¡Corramos!... ¡Corramos!... —repeta incesantemente el viejo bretón, que todavía alardeaba justamente de una agilidad extraordinaria—. Mi cabellera es ya muy cana, pero, con todo, quiero conservarla.

Durante una hora corrieron desesperadamente, agujoneados por el temor de ver caer sobre sus espaldas aquella horda de bárbaros sanguinarios; por un breve instante se detuvieron para tomar aliento y beber un sorbo de ginebra, con objeto de combatir el frío intenso que reinaba en el bosque.

Parecía que los mandanos se hubieran detenido a su vez o hubieran perdido la pista, porque la nieve había cubierto en seguida las huellas de los fugitivos.

—Señor Riberac —preguntó Cabeza de Piedra, que resoplaba como una foca—, ¿estamos aún lejos del lago?

Iba a responder el preguntado, cuando hacia la parte del Champlain se oyeron algunos cañonazos, como si una nave, maltratada por la tempestad, pidiese desesperadamente auxilio.

—¡El bergantín...! —exclamó Petifoque.

—Sí, las que truenan son las piezas pequeñas de doce —dijo Cabeza de Piedra—. ¡Ah...! si pudiésemos llegar a tiempo para asistir al naufragio del navío y atrapar al maldito marqués...!

—Demasiado tarde —dijo Jor, deteniéndose bruscamente—. Los mandanos nos han tomado la delantera.

—Y más ligeros que los pieles rojas me parece que han estado otros, padre —dijo Wolf.

—¿Quién?

—El traficante, que iba delante de nosotros, ha desaparecido.

—¿No lo ves todavía?

—Yo haberlo visto correr como un pisote —se adelantó a decir Ulric.

—No; como un lobo —dijo el secretario del marqués.

—¿Nos habrá abandonado por salvar su cabellera, o habrá ido en busca de los iroqueses? ¿Qué dices tú, Jor?

—Así lo espero —respondió el canadiense—. Conoce mejor que yo y que los mandanos estas orillas del lago y no dudo de volver a verlo.

—¿Y dices que estamos envueltos?

(Continuará en el número próximo.)

COLABORACION INFANTIL

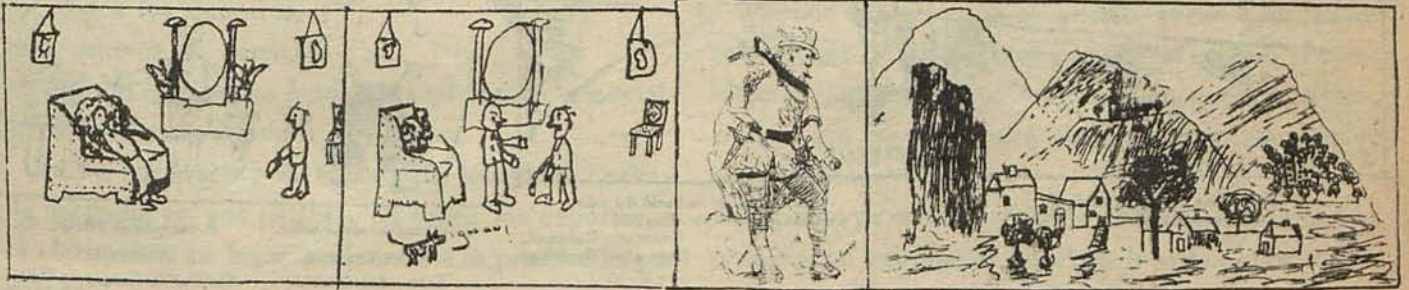


Historieta muda.

JOSÉ MARÍA MORENO.
Cádiz.

Un match de boxeo.

CARLOS QUESADA.
Doce años. Madrid.



—Ven a las cuatro, pues el tren sale a las seis y no tengo mucha prisa.

El criado presentándose a las ocho.
—Como dijo el señor que no tenía prisa, no he aligerado.

SANTIAGO SÁNCHEZ.
Diez años. Granada.

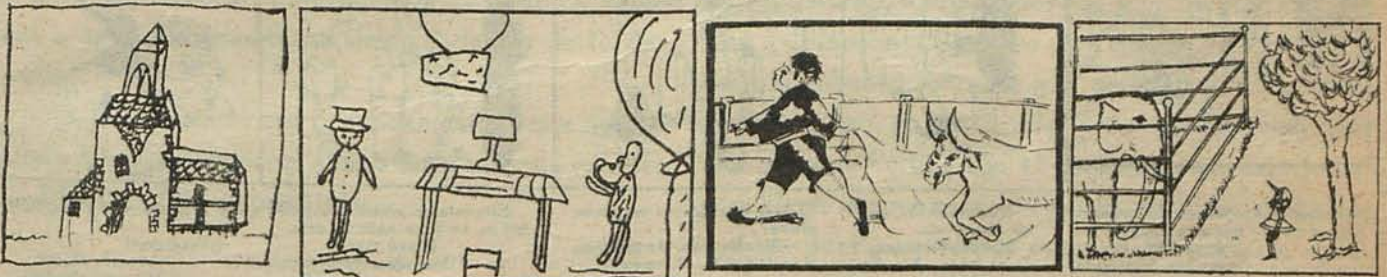
Rompecabezas.

¿Dónde está la hija y el criado de este caballero?

CÉSAR PICATOSTE.

Una pequeña aldea.

ENRIQUE CASTRO.
Ocho años. Madrid.



La casa del señor cura de mi pueblo.

LOLA RECIO.
Diez años. Madrid.

—«¿Y las peras?» «Tenga, señor —dijo el criado, dándole una.» «¿Y las otras?» «Me las comí.» «¿Cómo hiciste?» «Pues así, y se comió la que quedaba.»

MERCEDES CASANI.
Trece años. Madrid.

Específico recomendado para adelgazar.

MARIO SALAZAR.
Nueve años. Alicante.

Pinocho. — ¡Caramba; éste tiene las narices más largas que yo!

ANTONIO MORA.
Doce años. Barcelona.



El colmo de Pinocho es carecer de olfato.

RAFAEL VERDE Y PÉREZ GALDÓS.

Estando yo de paseo ¡Santo Dios, qué es lo que veo!

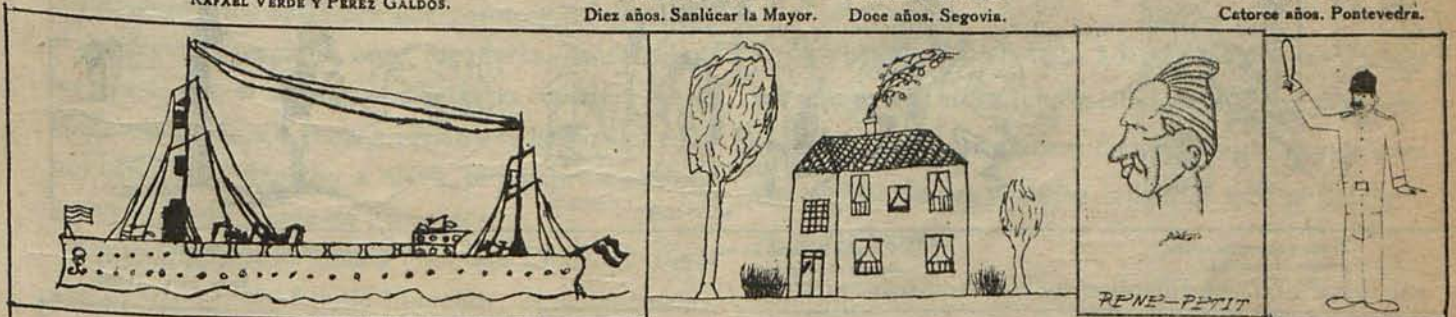
SANTIAGO VIDARTE.
Diez años. Sanlúcar la Mayor.

La señora Luna Llena.

EDILBERTO ESTEBAN.
Doce años. Segovia.

—¡Qué! ¿Te ha gustado esto?
—Sí, chico; estupendo. Pero, ¿cómo te las arreglas para cambiar de pizza sin cambiar de disco?

DIONISIO ALVAREZ.
Catorce años. Pontevedra.



Transatlántico con radio.

LOLUCA PÉREZ.
Ocho años. Ferrol.

Mi casita de campo.

CARMEN GARCÍA.
Diez años. Málaga.

René Pettit, visto por JULIO JACINTO.

Madrid.

El Porreta.

PILAR MAYO.
Diez años. Madrid.



Pirula.

LOLA BLASCO.
Once años. Madrid.

El gato negro.

Holanda.

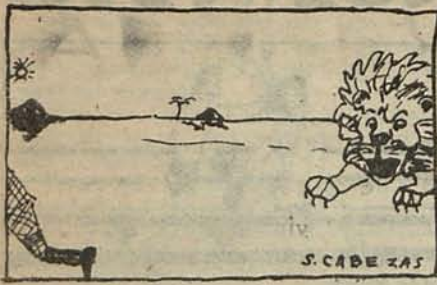
Kikiriki.

CORITO CLAVERO.
Trece años. San Sebastián.

Buenas noches.

RAFAEL GARCÍA.
Siete años. Barcelona.

EL LEÓN BURLADO, ALELUYA



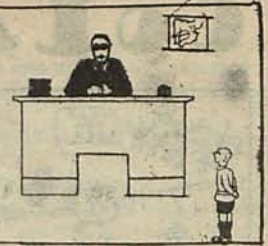
Trompición perseguido por un león se fué en busca de su salvación.



En medio del camino se vió atajado por un río.

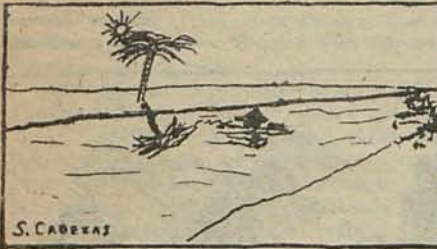


—Deseo un retrato de mi difunto esposo.
—¿Al óleo, a pluma, o al blanco y negro?
—Al negro, porque el luto es reciente.

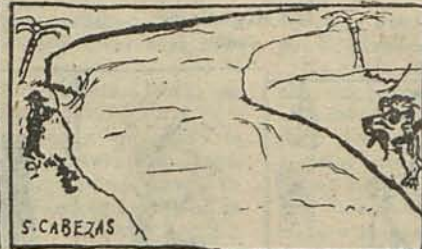


—Si te doy cinco caramelos y te quito uno, ¿cuántos te quedan?
—Ninguno, porque me habré comido los otros.

E. GUA.

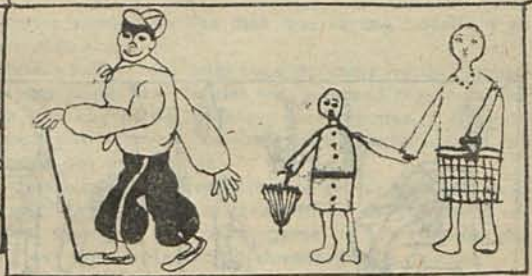


Pero como el león le persiguía a nado ganó la orilla.



Y de este modo se burló del león y de aquella horrible situación.

SANTIAGO CABEZAS.
Doce años. Barcelona.



Un verdadero mono-sabio.

PILAR TORROBA.
Trece años. Madrid.

A comprar el PINOCHO.

VICTOR C.
Ocho años. Cangas de Onís.



—Me han dicho que necesitaban ama.
—Aquí no hay más ama que yo.

PILAR REPILA.
Once años. Salamanca.



Extracción de una raíz cuadrada.

MIGUEL SÁNCHEZ.
Doce años. San Sebastián.



—¿A qué género pertenece pluma?
—Si es de gallo, al masculino; si es de gallina, al femenino.

CHOLÍN.
Madrid.



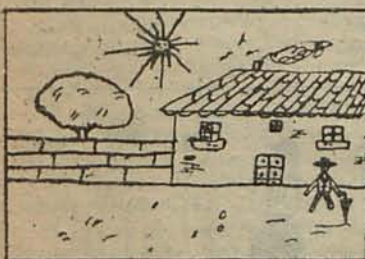
Esta estatua, señor, como usted ve, no tiene nada de cara.

ISIDRO ARCOS.
Doce años. Madrid.

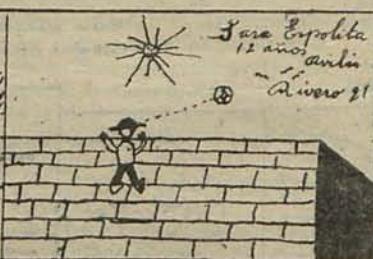


El triunfo de PINOCHO

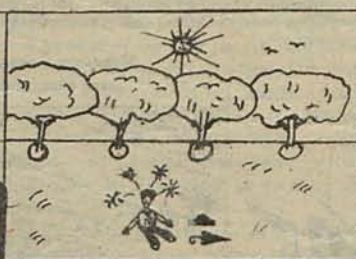
¡¡Vencedor!!
AGUSTÍN CASES.
Once años. Madrid.



Sale Pirulo de su casa para ir a la estación



y como es muy importun quiere ver lo que pasa detrás de un paredón,



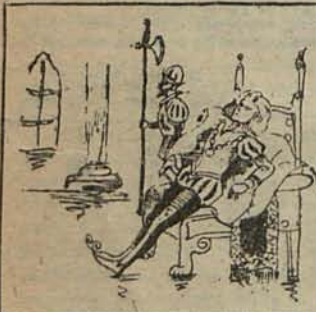
y por curioso y pelmazo le dieron un pelotazo.

SARA ESPOLITA.
Doce años. Avilés.



Apunte del natural del pasado carnaval.

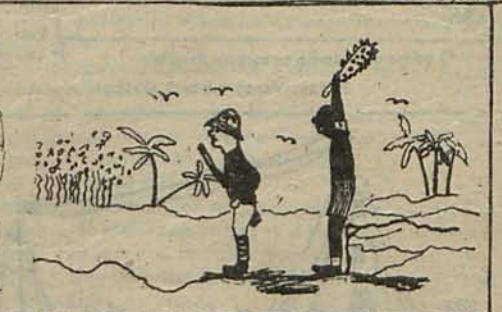
TIYO OLANO.
Siete años. Gijón.



Triste y aburrido estaba el príncipe Lacaraba.

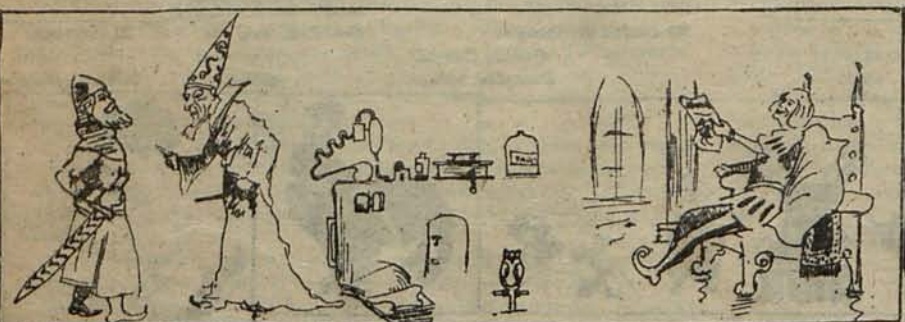


Todos intentan en vano alegrar al soberano.



¡Qué tranquilidad! ¡Qué silencio!

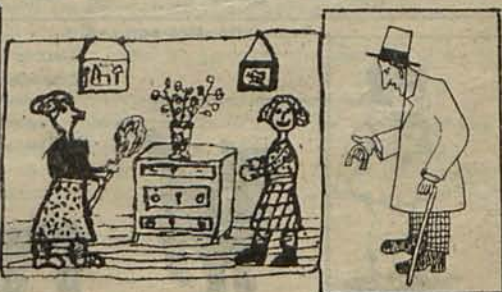
LUIS DE GÓNGORA.
Doce años. Madrid.



El gran sabio Rataplán da un remedio excepcional

y el principito es dichoso cuando ha leído PINOCHO.

VICENTE LABRAZ.
Catorce años. Zaragoza.



—¿Enstaquia! ¿Por qué lloran los niños?
—Porque he traído un «PINOCHO» y como es tan bonito los dos lo quieren.

FERNANDO LOPE.
Once años. Madrid.

El sabio distraído:
—Bueno; ¿y para que me sirva esto?

RODRIGO CAMPAL.
Doce años. Avilés

PINOCHO DEPORTISTA

Pinocho se dedica al deporte; sus piernas de madera ansían dar al balón, correr por los Stadiums, deslizarse por el hielo y por la nieve, nadar en el agua. Pinocho quiere hacer todos los deportes, y para teneros al corriente de todo lo que ocurra funda un suplemento, especialmente dedicado a todo lo deportivo.



En ese suplemento se hablará de fútbol, de hockey de natación; en una palabra, de todos los deportes, y es claro, dará un lugar preferente a lo practicado por vosotros.

El suplemento no costará nada, es un regalo que os hace Pinocho; irá en cada número del semanario, y en él podréis colaborar, describiéndonos partidos vuestros o enviando fotografías siempre dentro de lo deportivo.

¡Ojo, Pinochistas! Leed detenidamente lo que sigue y quedaréis completamente enterados de lo que va a ser el «**PINOCHO, deportista**».

PINOCHO FORMA EQUIPOS

□ □ □

Todos jugáis al fútbol. Los unos en los equipos del colegio; los otros, entre amigos; algunos, sólo, dándole patadas a una pelota de trapo. El caso es que todos le tenéis afición a ese juego.

Pues bien: Pinocho, que quiere que sus amigos sean además amigos entre sí, os propone la creación de equipos «Pinochos».

Para formarlos basta con que vosotros os reunáis, y si conseguís agruparos once jugadores, os distribuí los puestos en el equipo, nombráis un capitán y en seguida me escribís o venís a verme y se bautiza el equipo, que tendrá derecho a elegir el nombre conforme vayan llegando a casa de Pinocho.

Habrà, pues, el «Pinocho Foot-ball Club», el «Pinocho Sporting», el «Atletic Pinocho», el «Pinochista», y, si es necesario, llegaremos a recurrir al alfabeto para clasificar los equipos: «Pinocho A», «Pinocho B», etc.

Como muchos de vosotros no podéis reuniros con once Pinochistas más y, sin embargo, desearéis formar parte de los equipos «Pinochos», no tenéis más que enviar vuestro nombre, edad, señas y lugar en el que preferís jugar en el equipo, y aquí trataremos de ponerlos en relación y de organizar los equipos.

Cuando toda esta labor esté concluida, organizaremos el «Campeonato de Pinocho», que se celebrará en Madrid y en todas las provincias y pueblos donde haya equipos «Pinocho», porque estos equipos se organizarán en todas partes, hasta el punto de que el llamamiento anterior no sólo va dirigido a todos los lectores de España, sino de América también.

Muchos son nuestros proyectos, como el organizar selecciones de «Pinocho» y hacer un equipo con los mejores jugadores que tengamos en nuestro «club», equipo que jugaría contra otros equipos infantiles ya organizados.

También pensamos, andando el tiempo, tener campo propio y un entrenador y... Pero lo primero es lo primero, y hoy sólo se trata de la organización de los equipos.

Ya lo sabéis, pues: los que queráis formar en equipos de PINOCHO, enviad vuestros nombres, edad, etc., aquí («Pinocho Deportivo», Valencia, 28. Apartado 447. Madrid.), y los que entre vosotros podáis formar equipo, no tenéis más que elegir capitán y que éste venga a vernos con el nombre de sus jugadores, para elegir la denominación que ha de llevar el equipo; o si no puede venir por estar en provincias o en el extranjero, o por tener ocupaciones, no tiene más que escribir, dando todos los detalles que pueda y sus señas, por supuesto.

Con que ya lo sabéis.

¡A jugar al fútbol!

Pinocho.

COLABORACIÓN DEPORTIVA

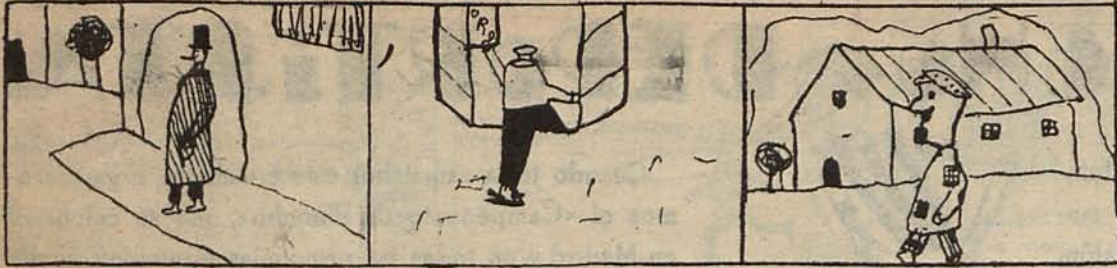
□ □ □

En nuestro Suplemento, además de dar reseñas de los grandes partidos internacionales y de primeras categorías, pensamos dedicar un espacio importante para dar cuenta de los partidos infantiles que se celebren en todas partes.

Pero como nosotros no podemos asistir a todos los encuentros, avisamos a los aficionados «Pinochistas» que deseen hacer reseñas de partidos infantiles, que se publicarán sus trabajos en el Suplemento, así como las fotografías que quieran enviar.

Con que ya podéis empezar cuando gustéis.

◆ ◆ ◆



Como era tan rico, don Colás le llamaban

Mas un día, un ratero, le quitó todo el dinero.

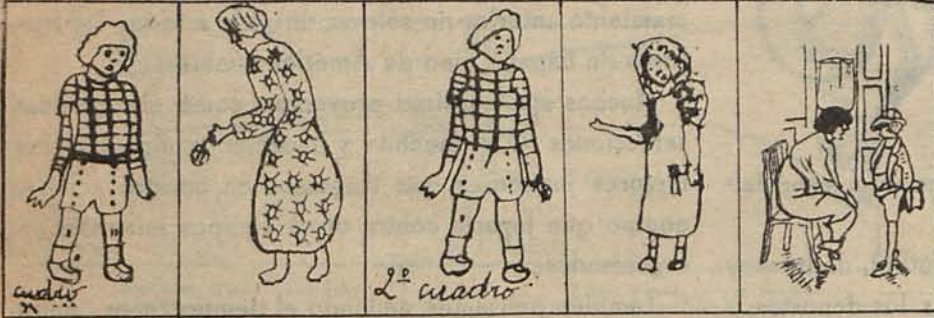
Y ahora le llaman, por ser pobre, Colasillo nada más.

FERNANDO DÍAZ.
Seis años. Gerona.



Apache parisien.

ANTONIO ROCA.
Catorce años. La Línea.



—Niño: reparte estos bombones entre tú y tu hermana.

—¿Y qué es repartir, mamá?

—Dar a tu hermana la mayor parte.

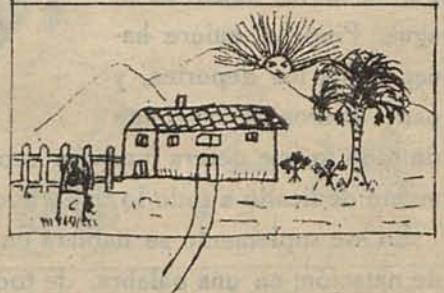
—Oye, querida hermanita, reparte estos bombones.

VÍCTOR FERNÁNDEZ.
Diez años. Gijón.

—A ver si haces como tu abuelito, que vino a Madrid con unas botas rotas y ahora tiene dos millones.

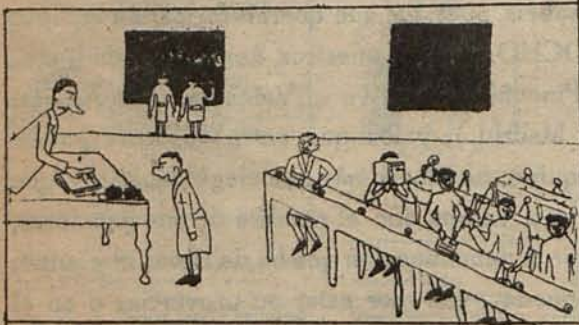
—¿Y para qué quiere el abuelito dos millones de botas rotas?

J. GARGALLO.
Trece años. Zaragoza.



Mi casita de campo, a la salida del col

CONCHITA TERROBA.
Nueve años. Madrid.



—Niño, ¿sabes de dónde se sazan el alcohol?

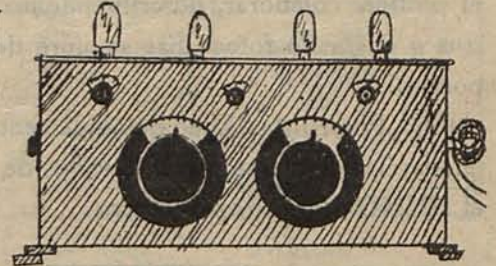
—Sí, señor: en mi casa lo sazan de una botella.

A. PELLICER.



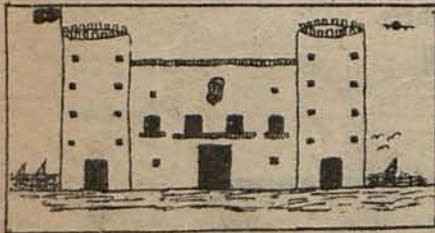
¿Por qué llora Pepito? Porque se han agotado esta semana los números de PINOCHO, y no puede comprarlo.

R. SALAZAR Y SOTO.
Doce años. Alicante.



Mi radio favorita.

MANUEL VILLAGRASA.
Trece años. Madrid.



CASTILLO
Apunte del natural.

JOSÉ M.º ECHEVARRIETA.
Bilbao.



Catástrofe callejera.

MIGUEL FLUTERS.
Ocho años. Guadalupe.



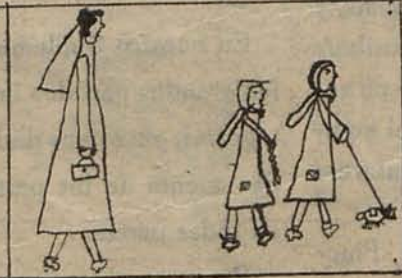
Cacería en la India.

MANOLO AZORÍN.
Ocho años.



Uno de los triunfos de Pinocho.

EUGENIO NADAL.
Ocho años. Barcelona.



En la Castellana.

EDITH MÖLLER
Sieta años. Madrid.



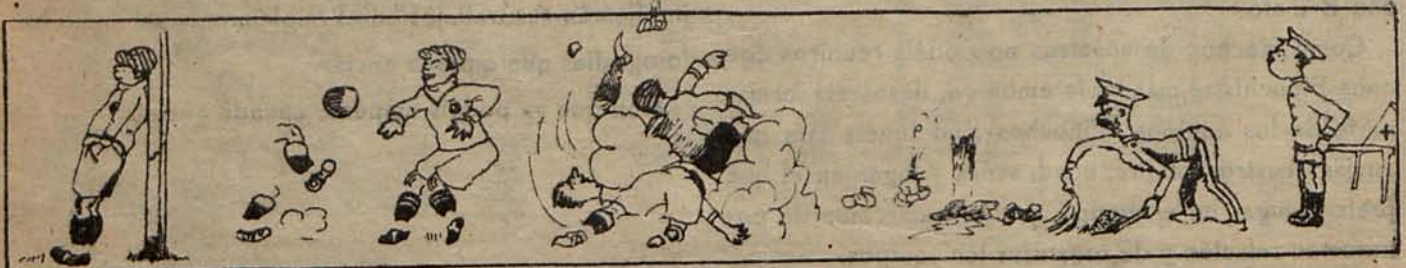
—¿Qué va a ser?
—Tengo una sed bárbara. Traigame algo con mucha agua.

—Le traeré un vaso de leche.
WILFREDO MARTÍNEZ.
Trece años. Madrid.



El señor y la señora Redondo.

C. T.
Madrid.



Partido accidentado.

VICENTE LARRAZ.
Catorce años. Zaragoza.



—Vamos a ver: ¿dónde hay un cabo?
—No me acuerdo.
—Hombre, ¿no recuerdas?
—Ah, sí. En el cuartel!

FELIX GONZÁLEZ.
Nueve años. Madrid.

—Oiga, patrona, ¿no hay más jabón que éste?
—No, señor; eso es lo que ponemos en cada habitación.
—¡Pues deme dos habitaciones más, que quiero lavarme la cara!

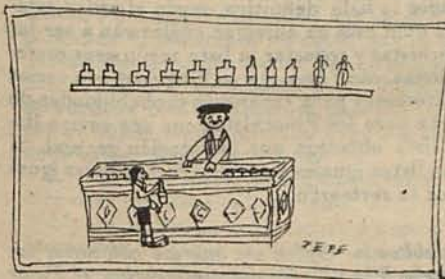
JULIÁN GARCÍA.
Doce años. Santander.

—¿En qué se parece la película 'Rosario la Cortijera' a un paraguas?
—¿...?
—Pues en que en la película trabaja Varillas y en el paraguas las que trabajan son varillas.

ERNESTO GARCÍA.
Seis años. Madrid.

—¡Niño!, ¿qué quieres ser?
—Fogonero de un tren eléctrico.

RUPERTO PÉREZ.
Diez y seis años. Valderas.



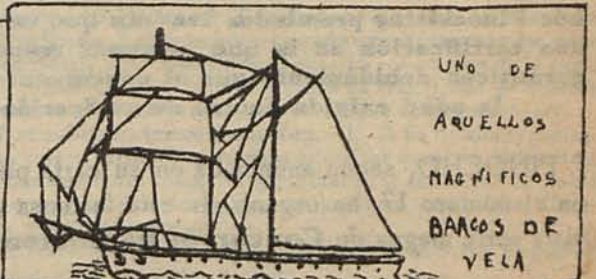
—De parte de la señora Pepa que me de usted un litro de vino, que no sea de cortinas.
—¡A ver si quiere la señora Pepa cortinas a 60 centimos!

JOSÉ JACINTO.
Ocho años. Madrid.



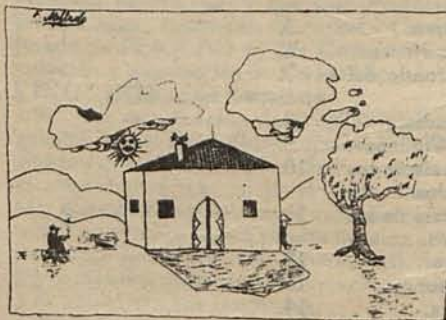
—¿Ves ése que va por ahí?
—Sí.
—Pues hace tiempo me debe 500 pesetas.
—¿Por qué no se las pides?
—Porque es boxeador.

ANTONIO ROMERO.
Trece años. Zaragoza.



UNO DE
AQUELLOS
MAGNÍFICOS
BARCOS DE
VELA

Navegación antigua.



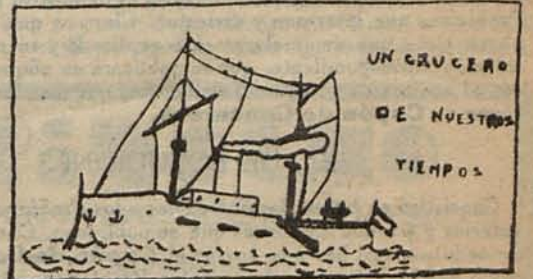
El novio, sentado en un tronco, esperando a su novia, que se asoma por la ventana.

FEDERICO MELLADO.
Once años. Valencia.



—¡La bolsa o la vida!
—Puede tomar lo que guste: la bolsa del confetti o la vida del perro.

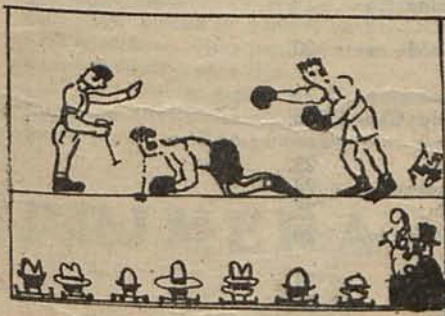
RAMÓN TRIGO.
Siete años. Madrid.



UN CRUCERO
DE NUESTROS
TIEMPOS

Navegación moderna.

JOSÉ LUIS SUÁREZ.
Diez años. Zaragoza.



El que está en el suelo.
—Oye, cuando me des otro puñetazo, dámelo un poquito más flojo.

FRANCISCO ORGAZ.
Trece años. Madrid.



—¡Oiga!, deme tres butacas.
—Tome: el cinco, el siete y el nueve de la fila trece.
—¡Ridiez! Déme las usted juntas, que semos paisanos.

GONZALO GONZÁLEZ SANCHIS.
Doce años. Madrid.



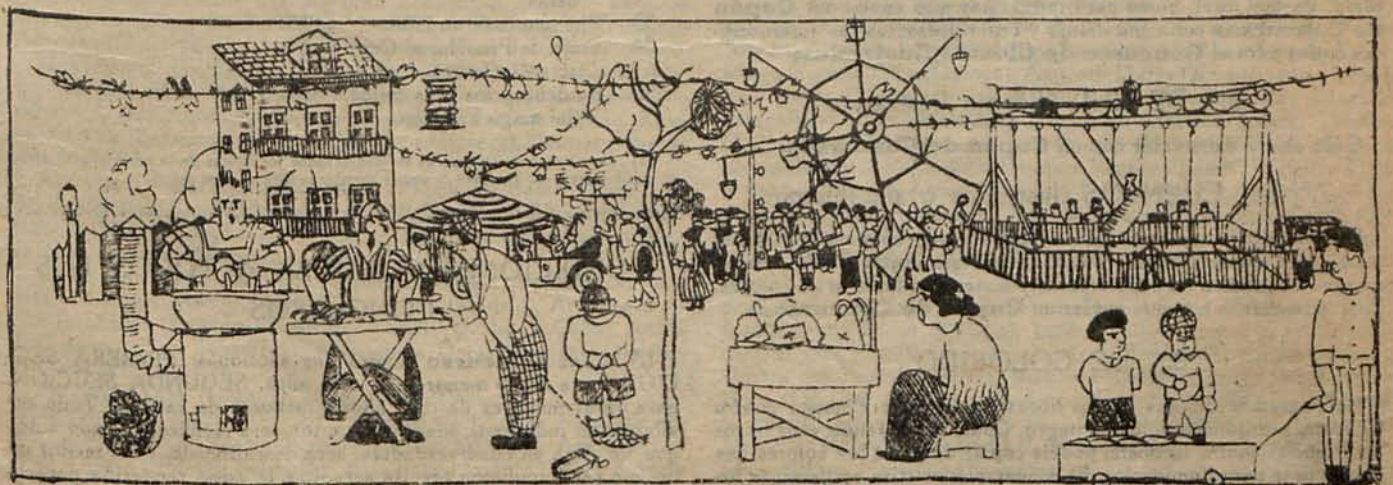
—¿Cómo no viniste ayer a la reunión?
—Se me hizo tarde.
—¿Cómo tarde, si era por la mañana?
—DIDEROT DE LA RICA.

Once años. Cuencas.



Yo, en el auto que pienso me toque en el sorteo de PINOCHO.

DOMINGO OLUÉ.
Nueve años. Alcalá de Henares.



LA VERBENA DE LA PALOMA.—Apunte del natural hecho por Carlos García Díez, Madrid.

Gran Serie de 9 Concursos permanentes

INFINIDAD DE PREMIOS SERÁN ADJUDICADOS POR LOS MISMOS PINOCHISTAS

CADA UNO DE ESTOS CONCURSOS TENDRÁ DOS SECCIONES: 1.º PARA PINOCHISTAS MENORES DE DIEZ AÑOS; 2.º PARA PINOCHISTAS MAYORES DE DIEZ AÑOS. AMBAS SECCIONES SE PUBLICARÁN SEPARADAS, Y LOS PREMIOS SERÁN ADJUDICADOS POR MITAD ENTRE LAS DOS SECCIONES; ES DECIR, QUE SI HAY 100 PREMIOS, SERÁN 50 PARA LA 1.ª SECCIÓN Y 50 PARA LA 2.ª

Los Pinochistas premiados tendrán que enviarnos una certificación en la que personas respetables garanticen debidamente que el concursante tiene la edad exigida dentro de su Sección.

PINOCHO, según anunciaba en su carta publicada en el número 17, ha organizado esta fastuosa y nunca vista serie magna de **Concursos permanentes.**

1.º, DE PROBLEMAS

Vuestro ingenio para encontrar *soluciones* está bien acreditado. Veamos ahora vuestro ingenio para encontrar *Problemas*, que publicaremos para que vuestros cofrades Pinochistas busquen la solución. Dichos Problemas pueden ser de todas clases: del estilo de los publicados hasta ahora en PINOCHO o de otro estilo; con dibujos o sin dibujos. Lo que hace falta es demostrar ingenio y hacer Problemas que interesen y diviertan. Claro es que con cada Problema tiene que venir claramente explicada y *en papel aparte* la solución correspondiente, que se publicará en números posteriores con el nombre de su autor. También hay que mandar *con cada problema un Cupón de Concursos.*

2.º, DE SOLUCIONES

Consistirá en buscar las *Soluciones* a los *Problemas* del concurso anterior y a todos los demás que se publiquen. Con las soluciones de cada número hay que enviar el **Cupón de Concursos**; de modo que para las soluciones a los Problemas del número 20, el Cupón del número 20; para los del 21, el Cupón 21, etc.

3.º, DE CHISTES ILUSTRADOS

Ya sabéis cómo son: un dibujo correspondiente a un chiste que le sirve de epígrafe o texto explicativo. El texto debe ponerse debajo del dibujo o al respaldo; nunca dentro del dibujo mismo. Al respaldo debe indicarse siempre el nombre, la edad y las señas del Pinochista, que se repetirán en el Cupón. Como mejor salen reproducidos los dibujos es haciéndolos con tinta china; pero podéis hacerlos con una tinta negra cualquiera que tengáis en casa; **nunca con lápiz ni en colores.** No olvidéis incluir en cada envío el **Cupón de Concursos.**

4.º, DE HISTORIETAS

Es decir, de una serie de dibujos unidos entre sí por una idea común con o sin el texto correspondiente. Las historietas tendrán no menos de dos ni más de ocho dibujos. Todo lo dicho para el Concurso de Chistes ilustrados debéis tenerlo por repetido aquí, incluso la advertencia sobre enviar siempre el **Cupón de Concursos.**

5.º, DE DIBUJOS

Los dibujos sueltos que no sean chistes entrarán en este Concurso, para el cual, como para todos, hay que enviar un **Cupón de Concursos con cada dibujo** y tener presentes las instrucciones dadas para el **Concurso de Chistes ilustrados.**

6.º, DE CHISTES sin ilustrar.

Cada chiste debe venir con un **Cupón de Concursos.**

7.º, DE CUENTOS ilustrados o sin ilustrar.

Los cuentos deben enviarse escritos por una sola cara del papel y no tener más de 2.000 letras. Si enviáis ilustraciones para el cuento, mandadlas en papel aparte y nunca con lápiz ni en colores. Con cada cuento hay que enviar un **Cupón de Concursos.**

8.º, DE COLORIDO

Publicaremos dibujos de los libros de la *Serie Pinocho contra Chapete*, reproduciéndolos en negro. Como todos tenéis esos libros de *Pinocho contra Chapete*, podéis copiar de ellos los colores que debéis usar para iluminarlos. El concurso consistirá en iluminar los dibujos que publiquemos en forma lo más igual posible a los colores

con que los mismos dibujos están publicados en la *Serie Pinocho contra Chapete.*

9.º, DE LOS PINOCHOS MÁS BONITOS

Todos habéis leído la *Serie Pinocho contra Chapete.* Y todos los episodios de esta *Serie* incomparable os interesan y os divierten; pero unos os gustarán más que otros. ¿En qué orden los pondríais, atendiendo a vuestro gusto? En esto consistirá este Concurso. Cada Pinochista nos enviará la lista de la *Serie Pinocho contra Chapete*, ordenada según sus preferencias. Nosotros sumaremos los votos que cada episodio haya obtenido para cada puesto de la lista, y con el resultado daremos la lista definitiva, según el orden establecido por votación. El *quid* está en adivinar cuáles van a ser las preferencias de los Pinochistas y redactar la lista según esas preferencias (o enviar varias listas, *cada una con su Cupón*) con varios órdenes de colocación diferentes para tener más probabilidades de acertar. Los premios serán para los Pinochistas que nos envíen listas más parecidas a la lista obtenida por la votación general. Si varios Pinochistas envían listas iguales y son más dichas listas iguales que los premios, éstos se sortearán.

Orden en que se han publicado los episodios de la **Serie Pinocho contra Chapete:** Orden en que los colocaría, según sus preferencias, el Pinochista concursante (1):

- | | |
|---|-----|
| 1. Pinocho, Emperador. | 1. |
| 2. Pinocho en la China. | 2. |
| 3. Pinocho en la Luna. | 3. |
| 4. Pinocho en la isla desierta. | 4. |
| 5. Pinocho, detective. | 5. |
| 6. Pinocho al Polo Norte. | 6. |
| 7. Pinocho en el fondo del mar. | 7. |
| 8. Pinocho en la India. | 8. |
| 9. Pinocho I, «el Cigüeño». | 9. |
| 10. Pinocho en el país de los hombres gordos. | 10. |
| 11. Pinocho en el país de los hombres flacos. | 11. |
| 12. Pinocho, inventor. | 12. |
| 13. Pinocho, domador. | 13. |
| 14. Pinocho en Jauja. | 14. |
| 15. Chapete reta a Pinocho. | 15. |
| 16. Pinocho bate a Chapete. | 16. |
| 17. Pinocho, Chapete y los Reyes Magos. | 17. |
| 18. La ofensiva de Pinocho. | 18. |
| 19. Pinocho y la reina Comino. | 19. |
| 20. Chapete, cazador de cabbelleras. | 20. |
| 21. Pinocho en Babia. | 21. |
| 22. Las jugarretas de Chapete. | 22. |
| 23. El falso Pinocho. | 23. |
| 24. El triunfo de Pinocho. | 24. |
| 25. Chapete, invisible. | 25. |
| 26. Chapete en la isla de los Muñecos. | 26. |
| 27. Pinocho hace justicia. | 27. |
| 28. Pinocho, futbolista. | 28. |
| 29. Chapete quiere ser héroe de cuento. | 29. |
| 30. El nacimiento de Pinocho. | 30. |
| 31. Chapete en guerra con el País de la Fantasía. | 31. |
| 32. Pinocho se transforma en bruja. | 32. |
| 33. Pinocho caza un león. | 33. |
| 34. Viaje de Pinocho al Centro de la Tierra. | 34. |
| 35. Pinocho y los tres pelos del mago Filomén. | 35. |

(1) Escribanse en los huecos en blanco todos los títulos de la serie por el orden en que los prefiera. También se puede escribir la lista en otro papel.

Nombre y señas del votante.....

CONDICIONES COMUNES A TODOS LOS CONCURSOS

1.º Cada **Concurso** tendrá dos secciones: PRIMERA SECCIÓN, para niños menores de diez años. SEGUNDA SECCIÓN, para niños mayores de diez años y menores de catorce. Todo envío que no indique la edad de su autor, será rechazado. Todo autor que no diga su edad verdadera, será descalificado. Para recibir un premio será condición precisa acreditar la edad requerida para la Sección correspondiente y acreditar igualmente ser el verdadero

autor del trabajo. Por ambas cosas se exigirá una declaración escrita, en la que una persona respetable las garantice.

2.º Cada envío de cada **Concurso** deberá venir con un **Cupón de Concursos**. Se rechazarán todos los envíos que contengan más de un trabajo y un sólo **Cupón**, aunque los trabajos sean para **Concursos** distintos. Es decir, que si mandáis **tres trabajos** para un sólo **Concurso**, habéis de enviar **tres Cupones**; si enviáis un trabajo para cada **Concurso** (total, **nueve**) debéis enviar **nueve Cupones**. Esta exigencia de los Cupones, que no tendremos más remedio que llevar a rajatabla, tenéis que comprender que es necesaria, porque si no se pone alguna restricción, el gran montón diario de envíos se convertiría en terrible y aplastante montaña; nos volveríais completamente locos y además no podríamos nunca publicar una cantidad tan formidable de cosas. De nada serviría admitirlo todo venga como venga y publicar solo una pequeña parte. Mejor es que el **Cupón** os obligue a enviarnos solo lo que esté mejor, y tener la seguridad de que estando bien se publicará. **Hacemos excepción para los suscritores**, que tendrán el privilegio de poder enviar un trabajo para cada **Concurso** con un sólo **Cupón** (o sea **nueve trabajos diferentes**, destinado cada uno de ellos a un **Concurso** distinto, con un **Cupón** para todos). Pero no podrán enviar con un sólo **Cupón** más de un trabajo para cada **Concurso**; es decir, que si un suscriptor quiere enviar **dos dibujos** tiene que enviar **dos Cupones**; **tres Chistes**, **tres Cupones**; **un Chiste**, **un Cuento** y **un Problema**, puede mandarlos **el suscriptor con un Cupón** para los tres envíos (viniendo juntos con el **Cupón**, naturalmente), mientras que el que no sea suscriptor debe enviar **tres Cupones**.

3.º Con los envíos para **Concursos** no debe enviarse ninguna otra cosa independiente de ellos.

4.º El hecho de tomar parte en estos **Concursos** implica la aceptación de todas sus condiciones y la renuncia a toda reclamación por cualquier concepto. No se devuelven los originales.

PREMIOS

1.º La adjudicación de premios se hará en dos formas: I. Por votación de los mismos Pinochistas en aquellos **Concursos** que permiten hacerlo así, y que son: **Problemas**, **Chistes**, **Dibujos sin texto**, **Chistes ilustrados**, **Historietas**, **Cuentos**. II. Por decisión del Jurado de PINOCHO en los **Concursos** que no se prestan a la votación y que son los de **Colorido**, de **Soluciones** y de **Los PINOCHOS más bonitos**.

2.º La adjudicación de premios por votación se hará en la siguiente forma: En el último número de cada mes publicaremos seis **Boletines de votación**, que cada Pinochista deberá llenar, indicando en ellos cuál es, a su juicio, el mejor envío que de cada uno de los seis **Concursos** sujetos a votación se ha publicado durante el mes. La votación estará abierta durante sesenta días (para que puedan votar los Pinochistas americanos). Dentro de los quince días siguientes a la clausura de la votación mensual, se hará el escrutinio y se publicarán sus resultados.

El Pinochista que haya obtenido más votos dentro de cada **Concurso** y **Sección** recibirá el premio correspondiente al mes. Como son **6 Concursos** y cada uno tiene **dos Secciones**, serán **12 premios cada mes**, sólo para estos tres **Concursos**. Los premios consistirán en libros de **Cuentos de Calleja**. Los demás Pinochistas que hayan obtenido votos para el premio tendrán **Mención honorífica**, publicándose su nombre en PINOCHO, lo cual, además, les hará acreedores a que publiquemos su retrato cuando nos lo envíen y tengamos sitio para ello.

3.º **Premios para el Concurso de Soluciones**.—El Jurado de PINOCHO examinará cada tres meses las que haya recibido y concederá **dos premios** para cada **Sección** (o sea **cuatro**

en total) para las **cuatro** mejores **Serie**s de **Soluciones** que recibamos. En el mes de marzo de 1926 se sortearán otros **cuatro premios** entre todos los Pinochistas que nos hayan enviado la **Colección completa** de **Soluciones** bien hechas a todos los problemas publicados durante el año 1925. Las soluciones deben enviarse por números, es decir, todas juntas las de un número y separadas (en sobre distinto) las de números distintos.

En este **Concurso**, por excepción, no hace falta un **Cupón de Concursos** para cada **Solución**, sino un **Cupón de Concursos para las Soluciones de cada número**.

4.º **Premios para el Concurso de Colorido**.—Entre todos los que envíen para este **Concurso** (cada dibujo con su **Cupón de Concursos**) dibujos que reproduzcan bien los colores de los originales, sortearemos **cuatro** trajes de Pinochito (**dos** para cada **Sección**), y luego publicaremos el retrato de los cuatro coloristas, vestidos de Pinochito. Además sortearemos libros de cuentos por valor de **doscientas pesetas** (**cient** para cada **Sección**) entre todos los que presenten dibujos con colores bien copiados. Oportunamente anunciaremos la clausura de la 1.ª **Serie** de este **Concurso** y del siguiente, que tendrán varias, si os gustan como esperamos.

5.º **Premios para el Concurso de los Pinochos más bonitos**.—Los premios serán **cientos** (**cincuenta** para cada **Sección**), y los cuatro primeros serán colecciones de la **Serie Pinochito contra Chapete**, encuadradas en tela y con el nombre del **Pinochista premiado**, **estampado en la tapa con letras de oro**.

6.º **Premios extraordinarios**.—I. A fin de año organizaremos un sorteo extraordinario para adjudicar **cuatro premios importantes** entre todos los que durante el año hayan obtenido premios o menciones honoríficas en esta **Gran serie de Concursos permanentes**.

II. En Navidad se organizará un **Gran sorteo de regalos espléndidos**. Para ese sorteo recibirá:

100 Números cada suscriptor a PINOCHO.

100 Números cada Concursante que haya obtenido premio o mención honorífica a la **Gran serie de Concursos permanentes**.

100 Números cada autor de un trabajo publicado en la **Gran Serie de Concursos permanentes**.

Es decir, que los premiados en estos **Concursos**, recibirán 100 números como autor de trabajo publicado, más 100 como autor premiado; total, 200; y si, además, es suscriptor, 100 más, o sean **300 Números** para el **Gran sorteo de regalos de Navidad**.

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NÚM. 18 El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor poner el número

(1) Indicar el que sea de los **nueve**. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

PRIMERA SERIE DE CONCURSOS

ACCÉSITS

Conclusión de la lista de Pinochistas premiados en el primer Concurso.

Juan Zabala Pedro (Buenos Aires), Antonio Zeballo Marín (Alicante), María del Coro Clavero (San Sebastián), Eugenio Salgado Casapalma (Lima, Perú), Pedro Vila Vilaró (Barcelona), Francisco Adrados (Guadalajara), Antonio Arizumen (San Sebastián).

Manolín Aguayo Calzón, Emilio Agustí (Madrid), Carmen Araújo (Mataró), Rafaelito Alonso Alcalde (Valladolid), Carmen Alda (Madrid), José Andréu Seltier (Valencia), María Asia Ojeda, Piluca Azcona (Zaragoza), Joaquín Aguilar (Alicante), Beatriz Alberca (Madrid).

Sofi Atea (Madrid), Luisito Abia (Palencia), Pedro Adot (Madrid), Carmen Boud (Madrid), José María Bosch (Valencia), Luis Bonilla (Madrid), José Bartle C. Monteagud, Francisco Bañuls (Barcelona), Amadeo Bengochea (Bilbao).

Mercedes Bailón (Melilla), Fernando Burgaz (Valladolid), Carmen Camino (Madrid), María Cruz Terre (Madrid), Antonio Sancho Bujalance (Pamplona), Alfredo Chariff (Habana, Cuba), Angel Dañobeitia (San Sebastián), Magdalena Datas (Zamora), Andrés Dapena (Pontevedra).

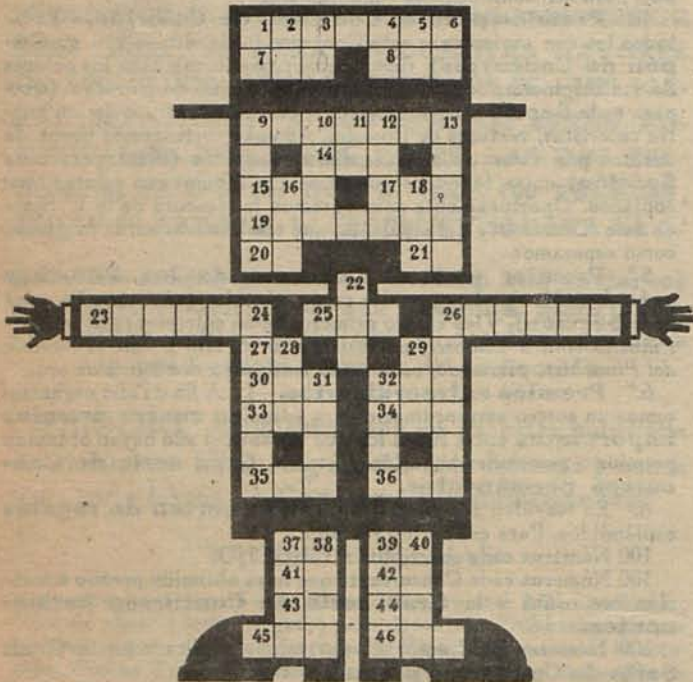
Fernando Díez (Gerona), Julián Vinué (Valencia), Ernesto Vignote (Madrid), Eleazar Bulgar P. (Venezuela), Jaime Pujol (Santa Marta, Colombia), Carmen García Jiménez (Málaga), Augusto Robles Puente (Bilbao), Salud Pérez Izquierdo (Mahón), Juan Gonzá-

lez Barrio (Tenerife), Amparo Pastor (Ceuta), Enrique Pagés (Barcelona), Fernando Tejada Salazar (Barcelona), Juan Zúñiga (Habana), Antonio Diego Salgado de Montero (Valparaíso, Chile), Pedro Sánchez Montemayor (Alicante), Juan Eugenio Niño (Huelva), Domingo Corona Díez (Málaga), Augusto Marín Oliva (Buenos Aires), Juan de la Cuesta y Frías (Lima, Perú), Fernando Rey Delgado (Barcelona), Juan Azqueta y Pumariño (Buenos Aires), Tomasa Olalla (Madrid), Antonio López Onsalo (Habana, Cuba), Marichu Orcasitas de la Peña, Julio Orenz y Ramírez (Madrid), Pedro Díez y Santos (Buenos Aires), Conchita Núñez Ménquez (Madrid), Amparito Sepúlveda (Almería), Juanito Schiga (Barcelona), Pedro Gómez Orellana (Venezuela), Juanita Ansaldo López (San Sebastián), Carmiña Rodríguez (Lugo), Eduardo Ruiz (Vigo), Yenni Rodríguez (Ferrol), Antonio Gamarro Suárez (Puerto Rico), Antonio Andrades Fernández (Barcelona), Eladio Romero Romero (Cádiz), José Roquero Tovar (Málaga), Juan de Dios Risco (Fregenal de la Sierra), José Ruiz Velarde (Santander), María del Carmen García y García del Portal (Coruña), Antonia Bellido (Santander), Joaquín Roca (Gerona), Elenita y Antonio Santamaría, María Rodríguez (Cáceres), Alfonso Rodríguez Díaz (Hinojosa del Duque, Córdoba), Mercedes Robredo (Madrid), P. Romero (Beasain, Guipúzcoa), Alfonso Santos Hinojosa (Tenerife).

CONTINUACION DE NUESTROS CONCURSOS ANTERIORES

PALABRAS CRUZADAS

PROBLEMA



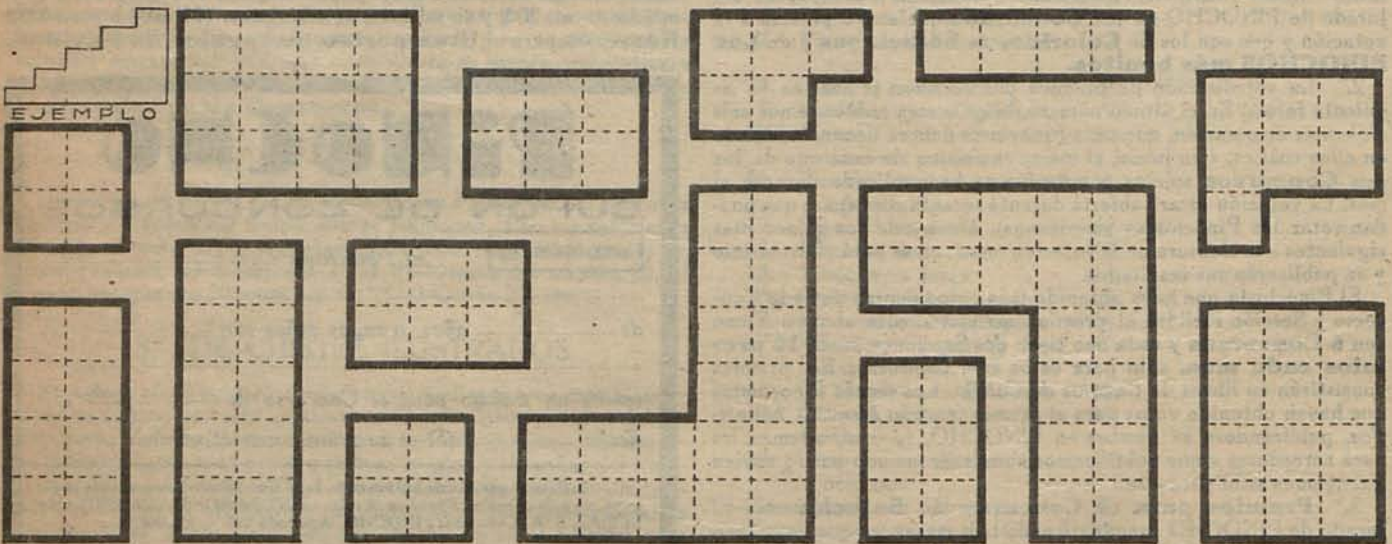
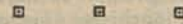
LISTA DE INDICACIONES

VERTICAL

1. Artículo.—2. Grito de Carretero.—3. Abreviación de postdata.—4. Nota musical.—5. Carta de la baraja.—6. Nota.—9. En el campo.—10. Dulce natural.—11. Abreviación de preposición.—12. Factoría en el congo Belga.—13. Imperio Asiático.—16. Tiempo de verbo.—18. Imperativo de verbo.—22. Paquidermo.—24. Sacia.—26. Escudo de Armas.—28. Título de Santo.—29. Pronombre.—31. Noveno.—32. Rezar.—37. Río.—39. Tejido.—40. Diosa.

HORIZONTAL

1. Muelle usado en los relojes.—7. Artículo.—8. Pronombre.—9. Ciudad antigua.—14. Furia.—15. Pájaro.—17. Medida equivalente a 7 toesas.—19. Natural de Dalmacia.—20. Pronombre.—21. Preposición.—23. Miembros.—25. Emplea.—26. Animal.—27. Carta.—29. Artículo.—30. Comparativo.—32. Se atreve.—33. Número.—34. Ternera.—35. Anillo.—36. Licor.—37. Conjunción.—39. Pronombre.—41. Marchar.—42. Tiempo de verbo.—43. Nota musical.—44. Preposición.—45. Pronombre.—46. Guiso.



LA ESCALERA

Recordad estos catorce rectángulos y unidlos de manera que juntos formen una escalera igual al dibujo que os damos como ejemplo.

En esta escalera los peldaños tienen que tener la misma altura y el mismo ancho. Como veis, cada rectángulo está dividido por cierto número de cuadritos.

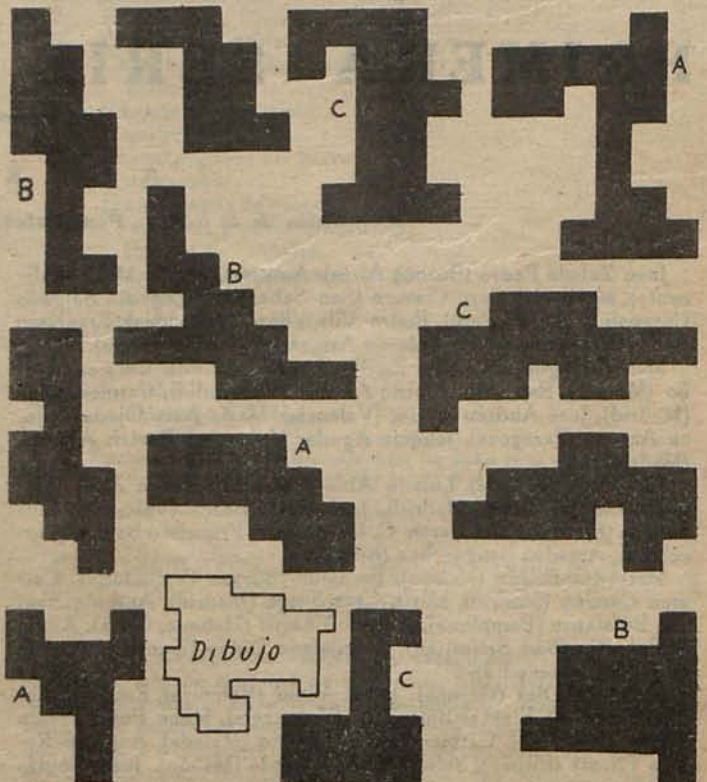
Pues bien: los peldaños de la escalera deben tener una altura de dos cuadritos y una anchura de cuatro cuadritos.

PIEZAS UNIDAS

Aquí teneis doce piezas negras, de las cuales nueve tienen una letra. Cortad todas estas piezas y tomad las tres que están señaladas con la letra A, y además una de las tres piezas que no tienen letra.

Con estas cuatro piezas, uniéndolas, debe conseguirse formar un dibujo igual al que damos como modelo.

El mismo dibujo debe formarse con las tres piezas B y una de las que no tienen letra; y, en fin, con las tres piezas marcadas con la letra C y la última que quede sin marcar, debe formarse también la misma figura.



CUPÓN 18
Concursos PINOCHO
(Antiguos)

Segunda serie de Concursos.

FALLO DEL JURADO

Reunido el Jurado, y después de examinar detenidamente todos vuestros trabajos —lo que le ha producido un terrible dolor de cabeza, ¡cerca de diez mil soluciones!— ha acordado conceder los premios a los Pinochistas siguientes:

Primer premio.—Rafael B. Sánchez, Madrid.

Segundo premio.—María del Carmen Castelain Colmenares, Madrid.

Tercer premio.—Antonio Aguirre Tellería, San Sebastián.

Cuarto premio.—Juana Román (Utebo, Zaragoza).

Quinto premio.—Lourdes Belver Llamas, Barcelona.

Además de estos trabajos, verdaderamente notables, el Jurado

ha separado otros cinco que se destacan por su perfección, y ha acordado crear cinco menciones honoríficas especiales, que se premiarán con cinco libros de cuentos mejores que los que tenemos destinados para los accésits. Estas menciones han correspondido a los Pinochistas siguientes:

Rosario Moretón Merino, Valladolid.

María Reus (Talavera de la Reina, Toledo).

Carmen Zaldivar Garci-Alfonso (Santa Eulalia, Teruel).

Lorenzo Pinto (Nava del Rey, Valladolid).

Gloria Gómez Rueda, Valladolid.

Pinocho os da a todos la enhorabuena.

ACCÉSITS

ACLARACIÓN NECESARIA

Pinocho cree necesario advertir que estos accésits tienen su principal recompensa en el honor de destacar vuestros trabajos de entre todos los demás y en el hecho de publicar vuestro nombre en su periódico, lo cual debe constituir un legítimo orgullo para vosotros.

Los libritos de cuentos, que además regala a los premiados con accésits, tienen forzosamente que ser, dada su enorme cantidad, modestos; más que regalos, en realidad, son recuérditos dados con mucho cariño y sin pretensiones.

Calculad lo que importan todos los premios que Pinocho da todos los meses, aparte de los grandes sorteos de regalos, y, como sois listos, comprenderéis en seguida que vuestro amigo Pinocho no podría dar, además, mil accésits de valor, so pena de tener que empuñar la casaca azul que viste su cuerpo de madera.

Por eso, Pinocho, os advierte que estos cuentecitos que regala a los premiados con accésits son cuentos chiquitines, de a cinco céntimos.

En el concurso anterior, a Pinocho se le olvidó hacer esta aclaración, y ante la desilusión de los primeros Pinochistas premiados con accésits al recibir tan modesto regalo, decidió, por esa vez, dar cuentos de mayor valor. Pero esto es imposible seguir haciéndolo; sólo con dar cuentos de una peseta, serían mil pesetas. Por eso lealmente os lo advierte.

Eso sí, estos accésits deben llenaros de satisfacción porque demuestran vuestro acierto—relativo, naturalmente—y, asimismo, deben servir de estímulo para afinar más, hasta conseguir los primeros premios de positivo valor.

Tanto los premios como las menciones honoríficas y los accésits están a la disposición de los agraciados en la «Editorial Saturnino Calleja», S. A.—Calle de Valencia, núm. 28, donde podrán pasar a recogerlos.

Los que deseen recibirlos en su casa, deben pagar los gastos de envío. Los primeros premios y menciones deben decirnos cómo quieren que se les envíen. Los cuentos no se envían a domicilio porque costarían más de lo que valen. Si algún Pinochista no puede presentarse en la Administración a recoger su Cuento y tiene empeño en que se le envíe a casa, deberá enviarnos 0,50 céntimos para gastos de franqueo y envío. Otro tanto decimos a quienes nos escriben cartas sin sello para la respuesta. Al que no lo envíe le contestaremos en la Correspondencia particular cuando llegue su turno. Acordáos en esta ocasión, y en todas, de que sois muchos, muchísimos, y de que mi talento no alcanza a suprimir la tabla de multiplicar.

Manuel Guisado (Almería), Rafael Ortega (Madrid), Rafael Díaz Llano y Locuona (Tenerife), Cucú del Pozo (Melilla), José Cano de Santayana (Toledo), Ruben Prat (Sevilla), Celestino Corcelles (Málaga), Pilar Gillis Yuste (Guernica), Javier Montes (San Sebastián), Joaquín Piñar (Sevilla), Castelar, 22; Aníbal González Gómez (Sevilla), Almirante Ulloa, 3; María Luisa Carlier de Dueñas (Madrid), Lagasca, 124; María del Rosario Iturrigie y García Callazo (Madrid), Almirante, 16; Pilarín Claver (Zaragoza), Canfranc, 3; Manolito Trujillano Arana (Bilbao), Colón Larreategui, 14; Luis Pita de Veiga Mesía (El Ferrol), Magdalena, 97; Federico García Rosado, Gloria González (Sevilla), Jesús del Gran Poder, 39; Félix Bastarreche y Carré, Eloisa Gómez (Ciudad Real), Colegio de San José, Riego, 1; Roberto Martín (Alicante), Torrijos, 1; Enrique Tamayo (Segovia), Daoiz, 30; Pilar Pellico (San Sebastián), Avenida de la Libertad, 26; Miguel Alfonso López, Trinidad del Campo (Valladolid), Miguel Izcar, 9; Manolito García Álvarez (Santander), José Pérez Navarro (Madrid), Travesía del Fúcar, 9 y 11; José López (Santapola, Alicante), Amelia Rodríguez (Bermeo), Adolfo Escuder (Zaragoza), Pignatelli, 24; Alfonso Moneo Segura (Madrid), Antonio Galbis (Madrid), Don Ramón de la Cruz, 40; Luis L. de Longoria (Alicante), Gadea, 71; Fernando García Díaz (Madrid), Jorge Juan, 5; Eduardo Pérez (Madrid), Fuentes, 8; María Teresa Robles (Madrid), Manolito Gabila (Melilla), Canalejas, 1; Mercedes Gómez (Málaga), Victoria, 78; Pepe Jover Amorós (Albacete), Libertad, 3; Amparito Sabater (Albacete), Pilar G. de los Ríos (Santander), Muelle, 9; Felipe Bustamante Martínez (Oviedo), Altamira, 7; María y Luis Malcón

(Sevilla), Emilio Villeda (Guatemala), Carmina Chapa (Madrid), Atocha, 4; Pepito Yagle (Madrid), Fomento, 21; Encarnación Ramos (Málaga), Madre de Dios, 40 y 42; Carmen Ramos (Málaga), Madre de Dios, 40 y 42; Enrique Ramos (Málaga), Madre de Dios, 40 y 42; José María Tubino (Aguilar, Córdoba), Felisa Ruiz Ubeda (Villamayor de Calatrava), María Luisa González Teulón (Cartagena), Berizo, 21; Lorencito Insausti (Madrid), Wigborta Hugolina (Nerva, Huelva), Modesto Morán Gutiérrez (Malpartida de Cáceres), María Luisa de Larra, Resti Munguía (Madrid), Goya, 46; Gerardo Zaldivar García, Javier Falcés y José Bozal (Fitero); Antonio del Camino (Talavera de la Reina), Genarito Marzal (Madrid), Pepita Navarra (Madrid), Mendizábal, 45; Julio Romero Fernández (Madrid), Pacífico, 9; Currín Sancho (Badajoz), Menacho, 43; María Teresa Gelonch (Madrid), Blasco Garay, 27; Carmelo Alfaro (Bilbao), Gran Vía, 28; Esperancita López Díaz Ambrona (Badajoz), Prim, 15; Mercedes González (Madrid), Andrés, 29; Adolfo Roncal, Aurora Fernández, Génova, 19; Marujita Claver (Zaragoza).

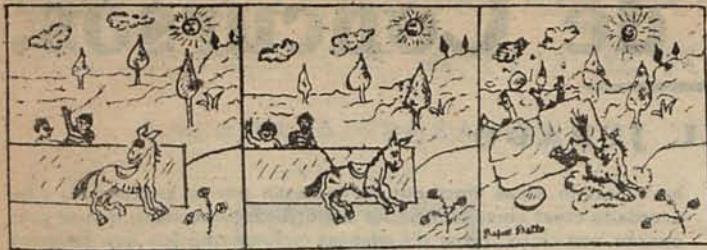
Francisco Antonio y Ramón Lampere (Valladolid), Luis Pascual del Polere (Madrid) Ramón de la Cruz, 11; Jorge Fernández y Fernández (Cuenca), Julián García Vaso (Cartagena), Maruja Piguera (Bilbao), Eugenio Ballesteros Serrano (Valdepeñas, Ciudad Real), Pepito Romero de Tejada, Luis F. Vallecillo Sarria (Puerto Rico), Rafael Rodríguez (Sevilla), Santas Patrona, 23; Arturo Menac Calvo (Málaga), Paseo Reduiz, 37; Rosita de Oñate, Vicente Asnero (San Sebastián), Avenida, 20; María Cristina Blanco Fernández (Madrid), Mesón de Paredes, 23; Julio Ganso (Cádiz), Pabellones Bombas, 16; M.ª Pilar Villán (Valladolid), Carmen Albors y Concha Albors (Valencia), Enrique Cala Martín (Madrid), Jesús Sáenz Diez (Vigo), Luis Guallart, Pilar L. Doriga (Santander), Muelle, 17; Alberto Rodríguez Regidor (Cáceres), Carmina Arenzana (Santander), Pérez Galdós, Juan Cabeño (Plasencia, Cáceres), Pilar Milans del Bosch y Usúa, Isabel Alía Pozos (Olopesa, Toledo), Jaime Milans del Bosch y Usúa, María Luisa Valledor (Madrid), Lucía Buján Fernández (Ferreira del Valle de Oso), J. L. Sanz (Alfaro), Manuel Cocho (Madrid), Chita Noval, Pepito Lillo (Alicante), Isabelita Blanco López (Almuñecar, Granada).

Emilio Fernández (Valladolid), Alberto de León (Santander), María Mercedes G.ª (Granada), José Manuel de Ozollo (Deusto, Bilbao), Tomás Gómez (Talavera de la Reina, Toledo), Manuel Pérez Romera (Orense), José Montalvo (Granada), Fernando Moreno, José María Reina (Villagarcía de la Torre, Badajoz), Julián Orden (Madrid), Hermanos Serra (Sevilla), Maximino García (Montevideo), Araceli Ruiz del Portal (Hara), Ricardo Moreno Gómez (Antequera), Gonzalo Rodríguez, Emilio Fernández (Madrid), Antonio Aparicio Sánchez Covisa (Toledo), Eugenia Baamante Muñoz, Manuel Martínez Artal (Cuenca), Pedro Gual (Barcelona), Pepe Requejo Chimen (Puebla de Sanabria), Elenita Sánchez del Pozo (Algeciras), Marcialito Espinosa Cilla (Madrid), Agustín Muñoz Vázquez (Ceuta), Carmencita Espinosa Cilla (Madrid), Angelinas Espinosa Cilla (Madrid), Cipriano Campos (Astilleros), Angel González (Arzúa), Arturo Collado (Albacete), P. Romero (Beasain), Emilio del Corro, Angel Casas Horques (Granada), Francisco Alonso (Palencia).

José Luis Gifre de Valdés (Udias, Santander), César Corpas (Oropesa, Toledo), Francisco Sancho Pérez (Cabra, Córdoba), Ofelia Sánchez (Madrid), José María Sáenz y Trillo (Sardiner, Santander), Julio Jacinto (Madrid), Carlos García Diez (Madrid), Francisco Jiménez (Madrid), Antonio Álvarez (Santander), Ramón Bosch (San Sebastián), Vicente Peris Palanca (Madrid), Francisco Leal Insúa (Vivero, Lugo), Chola Menéndez Mariñas (Coruña), Josefina Piñeiro (Madrid), Loli Piñeiro (Madrid), Carmen García Giménez (Málaga), F. Moret, Isabel Ardura (Mieres, Oviedo), Juanito Domínguez (Málaga), Carmen del Río (Valladolid), Francisco Población (Castellón), Juan Lauradó Pamies (Habana), Carmen García Talar (Madrid), Gerardo Conforto (Mahón), Rafael Alonso Alcalde (Valladolid), Antonio Feijóo Esquivias, María Teresa Martínez (Madrid), Inésita Pérez Duro (Madrid), Gonzalo Pardo (Santander), Emilia Díaz Argüelles (Madrid), Víctor Fernández (Gijón), Carmen Fúster (Madrid), Juan Esteve.

(La lista de premiados seguirá en el número próximo.)

JUSTO CASTIGO (Historieta muda.)



RAFAEL BELLO.
Once años. Badalona.

POR ANTICIPARSE...



Sin darse cuenta Silvino pasa un pellejo de vino. El consumero lo ve y lección quiere darle para otra vez. Mas por anticiparse ha tenido que mojarse.

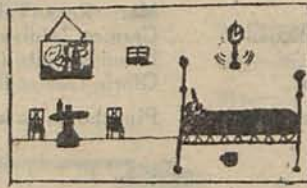
SIMÓN MATOS,
Medina del Campo.



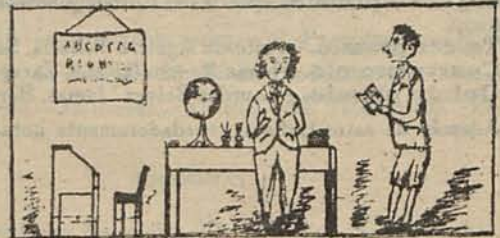
Mi amigo Casi-asno.
ANDRÉSITO GARCÍA,
10 años.



—Este besugo está malo.
—¡Ca, señorita! si no se ha quejado en todo el camino.
MODESTO POLO,
Diez años. Madrid.



Pinochín en la cama.
FERRERA GALLIANO,
Siete años. Madrid.



—Oye, Juanito, ¿te ha dicho el profesor cuál es la capital de España?
—Sí, hombre; es Madrid.

—¿Y la de Madrid?
—¿...?
—La Puerta del Sol.

ARMANDO LLIAURADO,
Trece años. Madrid.

DON NICOMEDES Y SUS HIJOS



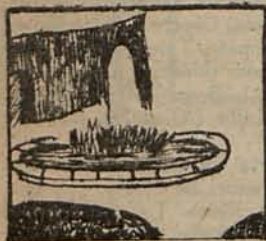
—Ama, no bese al niño que ha comido fresas y no se ha limpiado; ¡fíjese en los labios!

LUISITO FERNÁNDEZ,
Nueve años. Jaén.

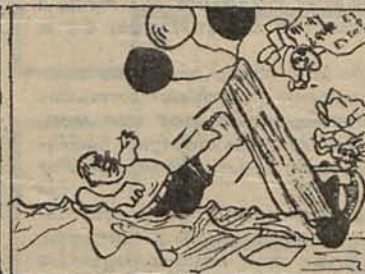


—¡Pues hijo, yo me fijo en todos los carteles!

INÉS GAZTELU,
Diez años. Pamplona.



La fuente del paseo.
PEPITA ROCA,
Seis años. Barcelona.



JOSÉ LOMBARDÍA,
Trece años. (Marín, Pontevedra).



—¿Pero qué son tantos hilos que me ponen en mi azotea?
—Es que estamos instalando la telefonía sin hilos.

A. FAJÓ,
Catorce años. Cádiz.



MI perro favorito.
PEPITO ESTRUCH,
Ocho años. Alicante.



Paisaje.
LUIS DE M. Y BENTEL, Madrid.

UNA GRILLADA



Mi gatito.
M. D. T.,
Once años. Pamplona.



Hoy no es día de escuela; hoy es día de grillos.



¡Chis... aquí debe haber uno!

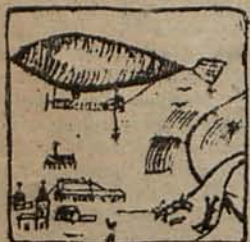


Callarse. A ver si es un grillo.



¿Por qué no está triste y no hay miedo que lllore? Porque tiene los juguetes mejores.

EVARISTA RODRÍGUEZ,
Madrid.



Me gusta ir en zeppelin con mi amigo Pinochín.

BLANCA FRÍAS,
Once años. Albacete.



¿Te has callado, eh? Pues como si cantarás. Saldrás.



Vaya si saldrá.



¡Salíó!

RAIMUNDO RODRÍGUEZ,
10 años. Ríotinto.



Don Nicanor en su auto.
A. G. GÓMEZ,
Sevilla.

EL NACIMIENTO DE PINOCHO



Continuación (1).

Por último, no sé de dónde sacó un par de guantes, que sin duda fueron de cabritilla blanca allá por los tiempos de Maricastaña y que, aparte de faltarles todos los botones, tener las puntas de los dedos con agujeros y las costuras saltadas, estaban en perfecto estado.

Con estas elegantes prendas fué vestido el muñeco, y en verdad os digo que si grotesco y desgarbado resultaba desnudo, no menos desgarbado y grotesco resultaba vestido.

Y así fue colocado en el centro de la viña, sostenido por un palo. Todos los que presenciaban la operación quedaron convencidos de que el muñeco de Currusquín manifestaba sorprendentes condiciones para el oficio de espantapájaros y que bien a las claras se veía que tal era su verdadera misión en este mundo. El mismo Currusquín —¿quién lo dijera?— lejos de enfurecerse o llorar por la humillación de su pobre muñeco, al verle en aquella facha ¡se echó a reír!

Y allí, entre las vides, en lo alto de un palo, aquel pobre muñeco narizotas quedó solo bajo su rapada chistera, extendiendo con un gesto lastimoso de crucificado grotesco sus flacos brazos, con sus manos perdidas en la holgura de los enormes guantes, dando al viento los largos faldones de su levitón...

¡Y decir que aquel triste muñeco había de ser un día el mayor héroe del mundo!...

V

Entre los clientes habituales de la viña se distinguía una familia de gorriones que había elegido ésta como principio de sus correrías matinales, sin duda porque las uvas constituían su desayuno predilecto.

Precisamente aquella mañana la gorrionesca familia se despertó agitada por las más dulces esperanzas: la vispera había notado entre los racimos verdes uno magnífico que empezaba a estar en su punto. Y con las horas transcurridas el tal racimo debía haber madurado; ¡menudo festín!

A la claridad de la aurora los gorriones emprendieron el vuelo en perfecto orden; los pequeños iban delante bajo la protectora mirada de la mamá

gorriona que volaba detrás; el papá gorrión cerraba la marcha.

De pronto un alboroto de píos vibró en el aire: los pequenuelos acababan de descubrir, erguido sobre las cepas de la viña, un ser extraño iluminado por el primer rayo del sol.

Trémulos, atemorizados, atropellándose unos a otros, los pajarillos retrocedieron, y ya se disponían a emprender el gran vuelo de las francas huidas cuando el papá gorrión les detuvo con la serena gravedad de la experiencia.

—No os asustéis hijos míos —aconsejó con una leve sonrisa en el pico—; yo sé lo que es aquello que se os figura monstruo terrible.

Y ante la ansiedad de los gorrioncitos, explicó:

—Es un ser que no tiene de malo más que el nombre: se llama espantapájaros.

—¡Ay, qué horror! —pieron todos los gorrioncitos.

—Vuelvo a deciros que no os asustéis, hijos míos —prosiguió el papá gorrión—; en realidad, los espantapájaros son nuestros mejores amigos: ni nos matan ni nos cogen para encerrarnos en esas terribles cárceles que se llaman jaulas. Los pobres se están siempre quietos, con los brazos extendidos para que nosotros descansemos sobre ellos, lo que ahora es muy de apreciar ya que, según me han dicho, un enemigo nuestro ha inventado no sé qué cosa que llaman telegrafía sin hilos, con lo que pronto nos veremos privados de nuestro más cómodo soporte; esos admirables alambres del telegrafo donde nos es grato descansar de la fatiga de nuestros vuelos.

—¡Bravo! —exclamó la mamá gorriona que adoraba los bellos discursos.

Tranquilos y sosegados con las explicaciones paternas, los tiernos gorrioncillos dieron un vuelo y cayeron sobre las doradas uvas del racimo recién madurado, no sin lanzar de soslayo una mirada inquieta a aquel individuo extraño.

También los papás llegaron, y entre todos pronto dieron fin de las uvas sazonadas; luego los pequenuelos empezaron a jugar al escondite, y ya perdido el miedo, se posaron sobre el muñeco, ora en una mano, ora en la chistera, acabando por elegir como sitio preferido la larga nariz, sobre la que, mal educados, dejaron señales patentes de su irreverencia.

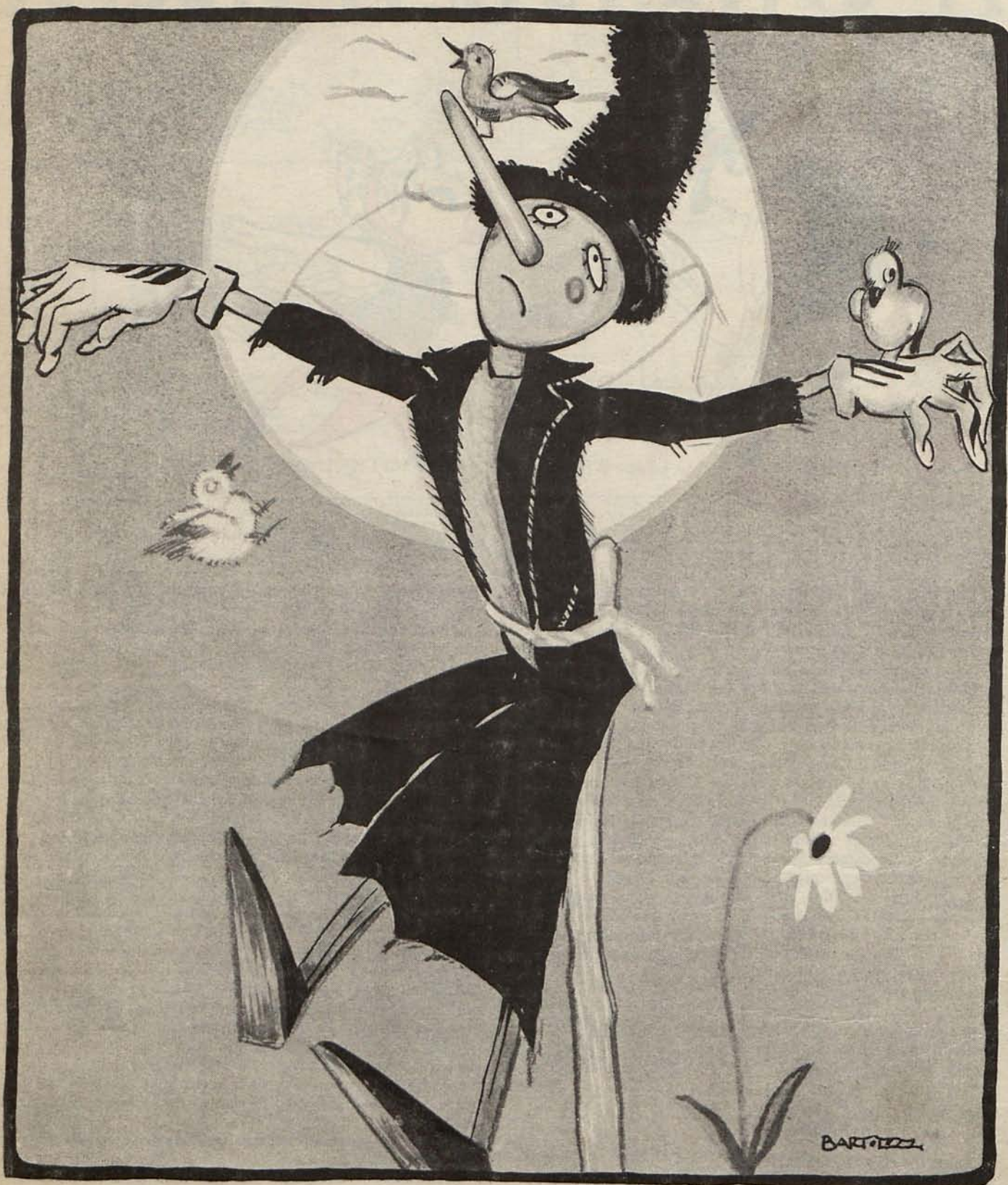
Decididamente el muñeco de Currusquín no servía para nada: ¡ni para espantapájaros!

Y llegó la noche.

Unos golfillos, de esos que van por los pueblos toreando, pasaron por aquel sitio, y, aprovechando malamente la



(1) Véase el número anterior de PINOCHO.



obscuridad, se metieron en la viña en busca de uvas, fruta muy de su gusto.

Tampoco a estos golfillos les amedrentó la presencia del espantapájaros; muy al contrario, puesto que después de haberse comido las uvas que encontraron más maduras, la emprendieron con él.

Empezaron, como todo el mundo, por reírse de su facha ridícula; luego le desnudaron para repartirse sus ropas. Como eran dos, a uno le tocó la chistera, al otro el levitón, repartiéndose equitativamente el par de guantes: uno para cada uno.

Terminado el reparto meditaron un instante ante el muñeco desnudo. ¿Quién se lo llevaría? Ninguno lo quiso; hasta los pobres golfillos, que nada poseían, que necesitaban apoderarse de las uvas para comer y no vacilaban en repartirse unos andrajos casi inservibles, despreciaban al pobre muñeco narigudo.

Y allí iban a dejarle abandonado, cuando a uno se le ocurrió, como diversión, cogerle y echarle el alto.

La proposición fué aceptada con regocijo por su compañe-

ro. Entre los dos agarraron al muñeco, uno de los brazos y el otro de las piernas, lo balancearon cantando: «A la una..., a las dos... y a las... tres», y ¡hop!, el pelele voló por los aires mientras los golfillos escapaban temerosos de que el ruido de su caída atrajese a alguien.

Pero mal andaban de pulso los ladronzuelos; el muñeco, en vez de ir «muy alto», torció, en su ascensión, hacia la izquierda, tropezó con una ventana, rompió el cristal y penetró dentro de la fábrica desierta y silenciosa.

Y el azar dispuso que viniese a caer en el almacén de expediciones y, rodando, llegó hasta un rincón, donde quedó torcido y espatarrado junto a los otros muñecos recién fabricados, los bonitos, los perfectos, que descansaban en sus mullidos lechos de virutillas y papelitos de seda en espera del Hada madrina que había de venir a darles la vida de un momento a otro.

(Continuará en el número próximo.)

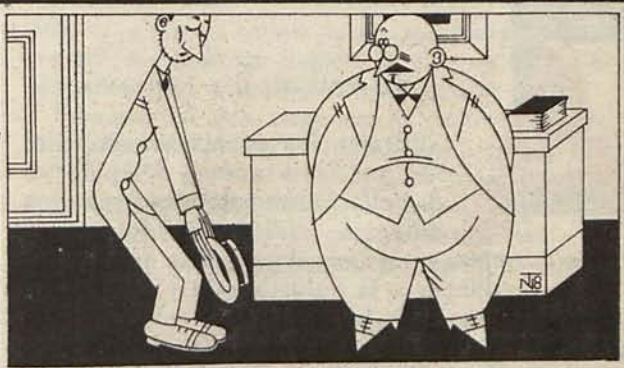
□ □ □

FENISITE

B U E N O S Y M A L O S



—Se parece usted mucho a su padre en el aire.
—¿Y usted cuándo ha visto a mi padre en el aire?



—Doctor, no resisto ningún alimento.
—Bueno; no tome ningún alimento y venga a verme dentro de quince días.



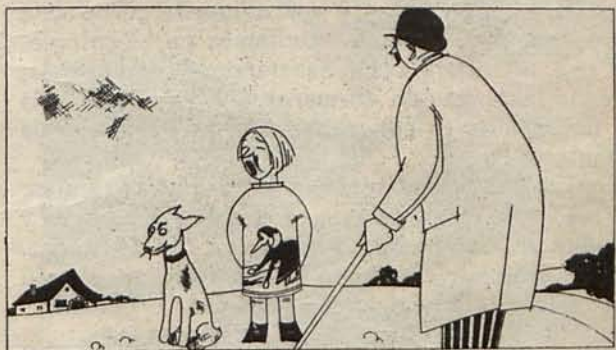
—¿Es usted de este pueblo?
—No, señor.
—Pues entonces somos paisanos, porque yo tampoco soy de este pueblo.



—¿Dónde te gusta más ver a los cangrejos, en la arena en el agua?
—A mí donde más me gustan es en el arroz.



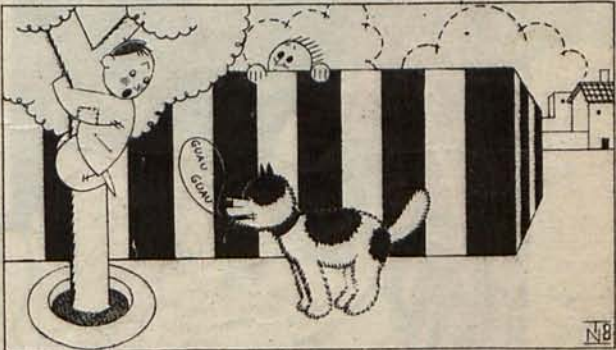
La señora, románticamente.—¡Oh el campo! Mira este niño, Juan, qué hermoso está y qué negro le han puesto los saludables rayos del sol.
—¿Qué es tu padre, hijo mío?
El chico.—Carbonero.



—¿Qué te pasa Mochín?
—Que el perro me quiere quitar la merienda y no la tengo.



—¡Oye! Mira, hoy está solo el pato. ¿Adónde se habrán metido las patas?
—Mira que eres tonto; no se le ven porque las tiene dentro del agua.



—No tengas cuidado, Nemesio; ya sabes que «perro que ladra, no muerde».
—Sí; pero a lo mejor este perro no sabe ese refrán.

CHAPETE EN GUERRA CON EL PAÍS DE LA FANTASÍA



I

EL PAÍS DE LA FANTASÍA

Al filtrarse los primeros rayos del sol por las ventanas del palacio, la Bella Durmiente abrió sus ojos color de cielo y se despertó. Desde que durmiera cien años seguidos le había quedado cierta tendencia a la holgazanería y, ahora, un sueño de diez horas se le hacía un poco corto.

Su mirada vagó un momento por la estancia y fué a posarse sobre el huso de marfil, que se hallaba colocado encima de la chimenea, bajo un fanal.

—Está algo empolvado y deslucido —murmuró la princesa—; gracias a que mi vecina Cenicienta me ha prometido que vendría hoy a limpiarle, a cambio de lo cual yo la enseñaré un punto de «crochet» que es una maravilla y que aprendí hace días de mi amiga la señora de Barba Azul. Por cierto que se hallaba presente nuestro amigo Pulgarcito, que estaba desesperado porque sus botas de siete leguas necesitaban medias suelas...

Peró noto que me miráis con un poco de sorpresa. Sin duda os creíais que los héroes de los cuentos clásicos se habían muerto al cabo del tiempo. Me apresuro a deciros que no; todos viven y, como veréis, viven reunidos; aunque debo advertiros que no viven en España ni en ningún otro país de Europa, ni de Africa, ni de Asia, ni...

El país donde viven los inmortales Pulgarcito, Cenicienta, el Gato con botas y sus compañeros no está en ningún mapa de los que estudiamos en el colegio. Así es que no puedo decir exactamente dónde está; pero desde luego puedo afirmaros que es el país más bonito de cuantos se conocen, y que se llama el País de la Fantasía.

Este país está, naturalmente, gobernado por alguien; mas su soberano no es uno de esos reves con barba y corona, que tienen tres hijas y las meten en tres botijas, o tienen un hijo y le casan con una pastora, con el solo fin de que sean felices y coman perdices.



No; el soberano del País de la Fantasía no es soberano, es soberana, y la más linda y graciosa que darse puede. En una palabra: es una hada rubia, vestida de gasa color de tiempo, que vive en una nube color de rosa y tiene una corona de rayos de sol. Lleva el precioso nombre de Hada Ilusión.

Desde su nube rosa, el Hada Ilusión gobierna el País de la Fantasía. Poco trabajo le da el tal gobierno, porque sus súbditos son todos buenos y viven en perfecta armonía.

Como ya os he dicho, son los héroes de los cuentos que, una vez terminadas sus aventuras, se refugiaron en aquel país; pero sólo viven en él personajes buenos.

Allí está la Caperucita encarnada; pero el lobo trágico e infame que se la comió, no está allí.

Allí está la Bella Durmiente, siempre tan bella y amable, aunque un poquito perezosa, como hemos podido ver al principio de esta historia; pero la bruja vengativa y cruel que la condenó a dormir cien años, no está allí.

Allí está la señora de Barba Azul y su hermanita Ana, ya repuestas del terrible susto que les dió Barba Azul; pero éste, que, a pesar de que le mataron los hermanos de su séptima esposa no ha muerto, no está allí.

Estos, como las vanidosas hermanas de la pobre Cenicienta, y el Ogro que quiso comerse a Pulgarcito, y todos los personajes malos de los cuentos, andan sueltos por el mundo, y me parece, me parece que no tardaremos en dar con ellos.



Pero volvamos al País de la Fantasía, donde se está tan ricamente.

La Bella Durmiente seguía metidita en su cama meditando y monologando, como suelen hacer las niñas perezosas para retrasar unos minutos el momento de levantarse.

En aquel instante resonó en la calle la bronca voz de un vendedor que pregonaba su mercancía:

—Dorador... Polvos para limpiar metales y objetos de marfil. Se limpian husos, por viejos y empolvados que estén, y se dejan bruñidos y brillantes... Doradooooor.

La Bella Durmiente pegó un salto, se acercó al balcón y asomó su cabecita rubia.

El dorador era un individuo chato y rechoncho que,



al ver a la princesa, le dedicó la más amable de sus sonrisas.

—Bella princesa —dijo—, si tienes algún huso de marfil, no dudes en confiármelo; yo te lo dejaré precioso y reluciente como el sol.

—Uno tengo —respondió la Bella Durmiente—; pero ha quedado en venir a limpiarle mi amiguita la Cenicienta.

—¡Qué tontería! La Cenicienta sabrá limpiar peroles y cacerolas, pero no husos, porque no tiene costumbre; dámelo a mí para que yo te lo deje como nuevo y no te llevaré nada.

—¡Ah!, pues entonces suba, suba —exclamó la princesa, encantada del buen negocio.

Imprudente princesa. Bien se ve que en el feliz País de la Fantasía la desconfianza es cosa desconocida.

¿Qué has hecho, desgraciada?

A nosotros este dorador nos da muy mala espina. ¿Quién será este individuo? Para averiguarlo es preciso que retrocedamos un mes y nos alejemos del País de la Fantasía.

Ya volveremos.

II

EL TERRIBLE SEÑOR GORO

El *Chacal*, el famoso buque pirata, cruzaba el mar Rojo. Su última excursión había sido desastrosa, y no porque hubiesen faltado magníficas ocasiones de ejercer la piratería; así, por ejemplo, un día pasó cerca de él un buque mercante que volvía de las Indias, cargado de perlas. «Buen negocio», pensaron al punto el gigante Patapón y el enano Tintinelo, dispuestos a lanzarse al abordaje y apoderarse de las riquezas del barco.

Pero para ello eran precisas las órdenes del capitán Chapete, y éste no dió ninguna. Es decir, sí; contestando a los ruegos de su tripulación dió esta orden terminante: «Dejadme en paz».

Y el buque pasó de largo.

—¿Se habrá vuelto honrado nuestro capitán? —se preguntaron los piratas asustados.

Y en los melancólicos ojillos de botón de bota del perro *Voltereta* brilló, cual rayo de luz, una interrogación risueña y esperanzada: «¿Se habrá vuelto honrado mi amo?»

¡Ay!, no; Chapete no se había vuelto honrado ni bondadoso; pero el recuerdo de su última aventura (1) le era odioso hasta tal punto y constituía de tal modo su obsesión, que no podía pensar en otra cosa.

Fracasar en una empresa es doloroso; pero poner todos los medios para triunfar, hasta el que le era más difícil, el de parecer bueno, para llegar a ser héroe de cuento y conseguir, al cabo de mil fatigas y peligros, la mano de una princesa grotescamente vieja y fea, era un caso tan ridículo y espantoso, que Chapete no podía digerirlo.

Por eso el capitán pirata dejaba pasar los barcos cargados de riquezas sin detenerlos. Por eso al cabo de algún tiempo de navegación sin rumbo ni provecho mandó anclar su buque corsario; y dejando en él a sus compañeros estupefactos y desesperados, bajó a tierra y echó a andar y recorrer pueblos para distraerse,



(1) Véase *Chapete quiere ser héroe de cuento*.

para ver de calmar sus nervios, que los tenía de punta... Si es que los muñecos de trapo tienen nervios, lo que no me atrevería a asegurar.

Y Chapete caminaba lentamente, murmurando entre dientes estas palabras, llenas de rabia:

—¡Malditos sean los héroes de cuento! ¡Ellos tienen la culpa de que me haya sucedido lo que me ha sucedido!... ¡Ah Pulgarcito, Cenicienta, Gato con Botas y compañía! ¡Como yo supiera dónde encontrarlos, mal lo habíais de pasar!

De pronto Chapete interrumpió su monólogo y miró en torno suyo. Se hallaba en un campo hermoso, y no pudo por menos de preguntar a unos labradores:

—¿A quién pertenece este campo, villanos?

—Al señor Goro —contestaron los labradores. Y al pronunciar este nombre se descubrieron, no con muestras de respeto, sino de terror.

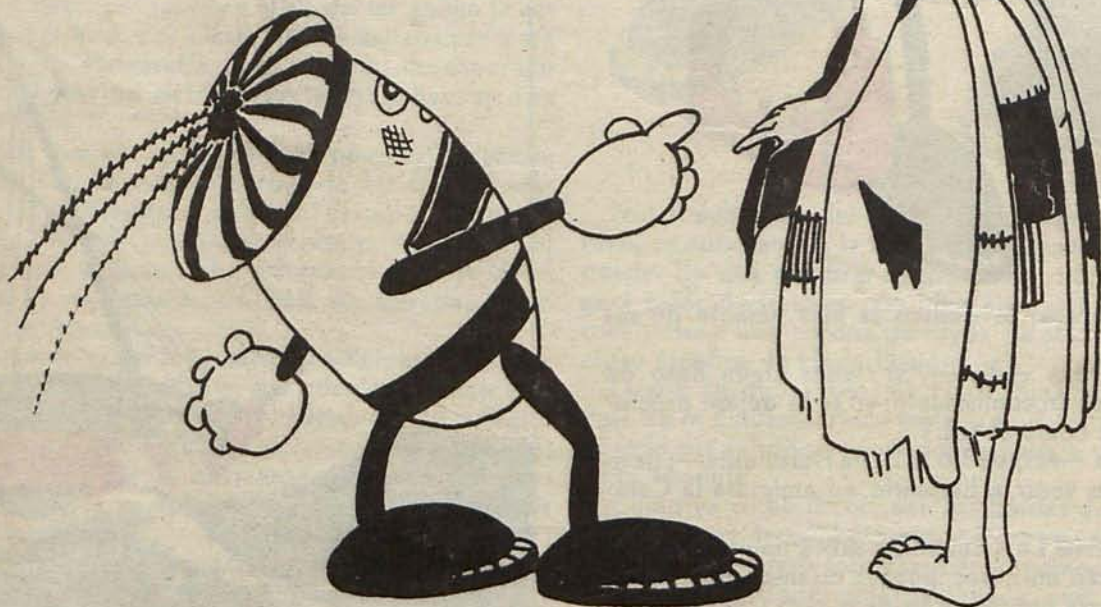
Chapete siguió andando y vio un bosque magnífico, poblado de encinas seculares.

A la entrada, una niña pobremente vestida recogía unas ramitas caídas.

—¿A quién pertenece este bosque, arrapiezo? —preguntó Chapete con su *amabilidad* acostumbrada.

—Al señor Goro —dijo la nena; y se persignó temerosa.

Poco rato después, Chapete vio una inmensa pradera, donde pastaban centenares de vacas, cabras y ovejas, guardadas por un pobre pastor, que roía un mendrugo de pan duro.



—¿A quién pertenece este ganado, idiota? —preguntó groseramente Chapete.

—Al señor Goro —respondió el pastor; y del susto de pronunciar este nombre se le atragantó el mendrugo.

—¡Pues, señor —murmuró Chapete con envidia—, ni que el tal Goro fuera el marqués de Carabás!

Caía la tarde, y Chapete, durante su caminata, había visto jardines maravillosos, huertos espléndidos llenos de árboles frutales, granjas riquísimas... Y todo, todo pertenecía al tal señor Goro.

Pero lo más admirable era el castillo de este personaje, ante cuya puerta se detuvo el Capitán de los Piratas Negros.

Figuraos un edificio inmenso, todo de pórfiro rojo, con un techo de oro y ventanas orladas de diamantes.

La puerta era de bronce, y entre los adornos de plata que la decoraban, refulgía un llamador hecho con un rubí colosal.

—¡Lo rico que debe ser este tío! —exclamó Chapete en voz alta.

—Tan rico como malo —dijo una voz detrás de él.

Chapete se volvió y pudo ver que el que decía estas palabras era un anciano mendigo que se apoyaba en una cayada.

—¿Con que malo también? —preguntó Chapete, interesado.

—¡Uy! —respondió el mendigo—. No lo hay más malo en el mundo.

Chapete tuvo una sonrisita de duda; pensando que el viejo no le conocía a él. Y sin decir una palabra más se separó del mendigo. En su magín de trapo acababa de nacer una idea.

—Tan malo y tan rico, ¡qué buenas migas podríamos hacer el tal señor Goro y un servidor! Es preciso que me entere de quién es.

III

TAL PARA CUAL

En el amplio comedor de su palacio de pórfiro rojo,

el señor Goro se halla repantigado en amplio butacón de brocado, ante una mesa cubierta de manjares, servidos en vajillas de plata.

El señor Goro tiene un aspecto terrible: barba roja, cabellera enmarañada y ojos que despiden llamas, o al menos lo parece.

Frente a él se halla sentada una horrible vieja, de nariz ganchuda y boca desdentada. Estos dos antipáticos personajes están cenando.

—Pues sí, amiga Kikiripota —dice el señor Goro—, no puedo remediarlo; a pesar de mis riquezas echo de menos aquellos tiempos dichosos en que no tenía que ocultar mi calidad de ogro...

—Y te comías los niños crudos, grandísimo tragón —interrumpe la vieja.

—¡Y qué ricos me sabían! —añadía el señor Goro relamiéndose.

(Advierto, lector, tu sorpresa. Yo también me he quedado como un sorbete. ¿Con que el señor Goro es ni más ni menos que un antiguo ogro disfrazado? Ahora me explico por qué se llama Goro; este nombre está hecho con las mismas letras de ogro. ¡Las cosas raras que uno descubre! Sigamos escuchando.)

(Continuará en el número próximo.)

EL BARÓN DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

EL ARDID

Fué en uno de aquellos viajes que en *tandem* hacíamos mi esposa y yo.

Estábamos en nuestra casa del Paraguay cuando un día me dijo la dulce Adelaida:

—Mira, Barón —mi esposa me nombraba siempre por mi título; era un recuerdo que le quedaba de cuando había sido la portera de mi casa—. Mira, Barón, hoy tengo ganas de dar un paseo. Cojamos nuestro aparato y marchémonos de excursión.

Yo obedecí; no me agradaba contrariar a mi esposa, porque en esos casos a la pobre le daban ataques de nervios y acababa lisiándome.

Partimos, pues, de muy buen humor, cantando ducetos, cosa que hacíamos con rara perfección, y así llegamos a las llanuras argentinas.

Mi esposa se detuvo y yo también, claro está, pues ya he dicho que no me gustaba contrariar a mi esposa, y porque, además, esta vez daba la casualidad de que mi esposa se había detenido porque habíamos tropezado con un árbol.

Nos dedicamos, pues, a contemplar el paisaje, que en aquel sitio era hermoso. La llanura se extendía hasta perderse de vista, y detrás de nosotros, la cordillera de la que acabábamos de descender se elevaba imponente. Mas por las laderas comenzaron a verse numerosísimos indios que caminaban hacia nosotros rápidamente.

—¡Estamos perdidos! ¡Los indios! —grité yo.

—Fíjate —me dijo mi esposa—; en todo el contorno no hay más animales que aquellos caballos y tú.

Yo bajé los ojos agradeciendo el pipopo y después contemplé un rebaño de caballos que pacía a unos cincuenta metros de nosotros.

—Estos caballos serían nuestra salvación si se dejaban coger —dije yo, y me puse a meditar sobre la manera de echarles mano para huir de los pieles rojas, que se nos acercaban cada vez más.

Adelaida dió una de sus ideas:

—Yo he oído decir siempre que los caballos se cazan a lazo; de manera que es lo que debemos hacer ahora.

Y como no tenía otro lazo a mano que el de mis zapatos, fué el que les arrojé, pero sin obtener el resultado apetecido.

Adelaida, a su vez, les echó un lazo que llevaba en el sombrero y otro de coral que llevaba como imperdible de adorno.

Pero ni por esas; el lazo no lograba apresar los caballos.

Adelaida me dijo:

—Disfrázate de rey de bastos, para ver si hay algún caballo que se acerca a ti para cantar las cuarenta.

Pero no pude poner en práctica esa idea, porque a lo mejor los caballos no sabrían jugar al tute.

Me puse a vociferar frases que yo creía que iban a agrandar a los caballos hasta el punto de hacerles acercarse a mí. Les decía:

—¡No me gustan los toros! ¡Me repugna la suerte de varas! ¡Viva el fútbol! ¡Viva el hipismo! ¡Mi jugada favorita es el tute de caballos!

Y otras cosas por el estilo. Pero los caballos no se dejaron convencer, y hasta hubo alguno que murmuró a sus compañeros:

—¡Qué bruto! ¡No le gustan los toros, con lo bonito que es!

Quedé aplanado, y Adelaida comenzó a dar muestras de excitación al notar que los indios se acercaban cada vez más. Entonces fué cuando surgió la gran idea.

—Disfrázate de romana —ordené a Adelaida.

Esta debía estar distraída: me obedeció al punto. Se cubrió con una túnica blanca que siempre llevaba consigo y cambió su sombrero por una coronita de flores.

—Ya estoy —me dijo.

Y entonces comencé a decir en alta voz, para que me oyesen los caballos:

—¡Vaya con Calígula! ¿Y qué le trae por aquí, señor Calígula? ¡Tantas ganas como tenía de conocerle, señor Calígula!

Entre los caballos hubo un cuchicheo. Se les oyó decir:

—¡Ese es Calígula! ¡Ese es Calígula! Calígula, el emperador romano, el que hizo cónsul a su caballo. ¡Quién fuera caballo de Calígula!

Y hubo uno que dijo:

—Vamos a acercarnos a él, para ver si por lo menos nos hace magistrados.

Y el grupo se aproximó al trote largo.

Entonces Adelaida estuvo sublime. Con una generosidad inigualable fué distribuyendo cargos entre aquellos bichos presuntuosos.

—Tú serás jefe de cocina —le dijo al primero que llegó, y a los demás los fué agraciando del mismo modo—; tú, director de mis cuadras; tú, jefe del personal; tú, ministro de la limpieza pública.

Los caballos estaban entusiasmados y daban saltos y carreras de alegría gritando sus cargos:

—¡Soy ministro! ¡Soy ministro! —le decía uno tordo a un careto en negro—. ¿Quieres que te nombre subsecretario? —le pregun-

taba, dándose importancia.

Pero el otro tuvo una carcajada:

—¡Si yo soy jefe de barrereros! —le contestó.

El ministro se acercó a Adelaida para pedirle una colocación para una yegua vieja de su familia.

Adelaida estaba dispuesta a favorecer a todo el mundo, y dijo:

—Bueno; le daremos un estanco.

Los indios se acercaban de tal manera, que hubimos de apelar a una resolución inmediata. Calígula, dirigiéndose a su corte, dijo:

—He decidido emprender un viaje regio, y os llevo a todos convidados.

—¡Viva! —exclamaron los caballos.

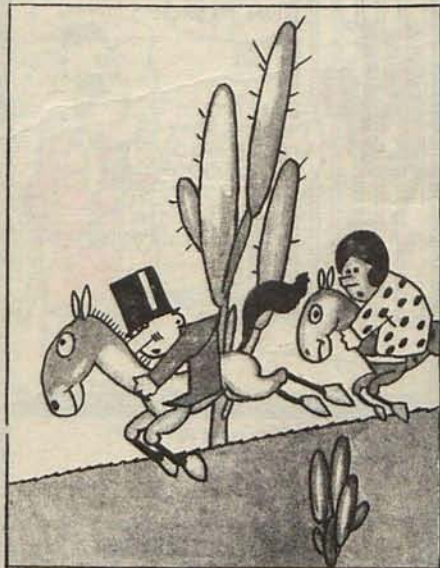
Entonces intervine yo diciendo:

—Como jefe del Gobierno de Calígula, os nombro archipámpanos del país.

Entonces se desbordó el entusiasmo entre los caballos, que gritaban:

—¡Viva! ¡Viva! ¡A sacarlos en hombros! ¡A sacarlos en hombros!

Y como eso era precisamente lo que nosotros queríamos, nos subimos en los más entusiastas y huímos de los indios.



EL BARÓN DE LA CASTAÑA.

□ □ □

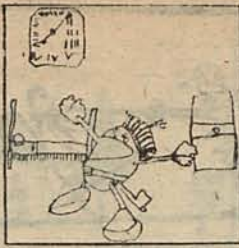


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





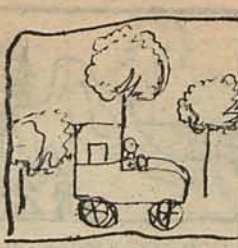
Pinocho, Rey de los muñecos, te suplico que me toques una bicicleta en el reparto de juguetes.
EDUARDO VILAR.
Ocho años. Barcelona.



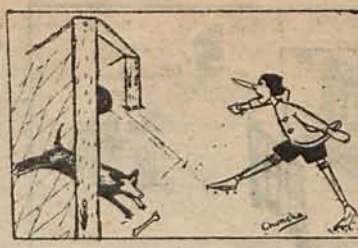
Chapete en su habitación.
MARÍA TERESA CHICHERI.
Ocho años. Madrid.



Apunte del natural.
JOSÉ DE LA CAMPA RODRÍGUEZ.
Doce años. Santander.



Mi auto.
LUIS COBIÁN.
Seis años.



Y al perro le tira un hueso para dársela con queso.
MARÍA ASUNCIÓN MARTÍNEZ.



Mi tío en la Castellana.
CARLOS TEN-DALDEBORO.
Doce años. Madrid.



Mi amigo Pinocho.
ANTONIO EGAÑA.
Diez años. Oñate.



Pinocho, campeón de España.
PEPITA BALDOSANO.
Ocho años.



Pinocho llora con desconsuelo a su gato Gordete.
LUPE GONZÁLEZ.
Trece años. Madrid.



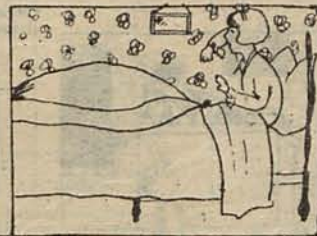
—¿Lo de Pirula no será nada, verdad, doctor?
¡Cómo que no! Diez pesetas por visita.
PILAR GILLIS JUSTE.—Doce años.



Pinocho, futbolista.
JOSÉ MARTÍNEZ.
Doce años. Madrid.



Charito come un bizcocho cuando aparece Pinocho. Lleva su semanario y se lo enseña a Rosario. Esta no se ha suscrito y de rabia pega un grito.



Y se despierta en su cama, pues es ya muy de mañana. Todo ha sido un sueño, pues dormía como un leño. Mas le sirve de lección y escribe a la Redacción.

M.^a TERESA GAZTELÚ.—Trece años. Madrid.



Ahora no quiero que me den la oreja. Me contento con que me devuelvan las dos muelas que he perdido.

ISIDORO ARCOS.

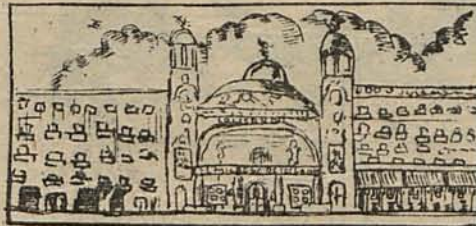


—¡Maldita sea mi suerte! Cogiendo frío y sin vender nada.



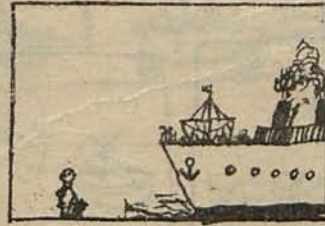
—¿Tiene usted Buen Humor?

LUIS ORTIZ DE LA TORRE.
Diez años. Santander.



El Coliseum.

FERNANDO PINANA.
Trece años. Barcelona.



Mi tío camino de América.

SALVADOR VILLAFRANCA.
Nueve años. Barcelona.



Estación de Portugalete.
NICOLÁS MORÁN.
Ocho años. Bilbao.



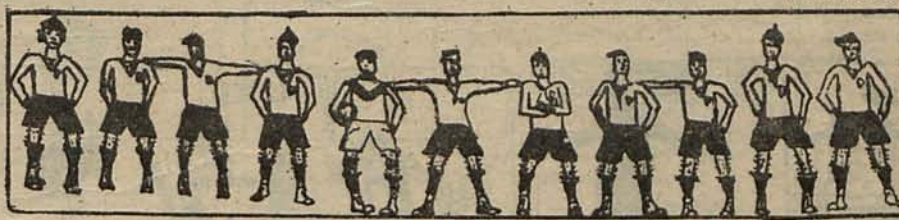
El Rucio de Sancho Panza.
AMPARO DE CÁCERES.—Alicante.



Una presumida.
RAIMUNDO ALHAMBRA RIVAS.—Trece años. Jaén.



Una jugada del Roca Juniors.
JULIO MONTLIANO.
Once años. Daroca.



El Valencia F. C.

ELVIRTO SALDES.
Ocho años. Valencia.



Pinocho, cazador.
RICARDO BESCANS.
Trece años. Santiago de Compostela.

LA CAZA DEL TIGRE



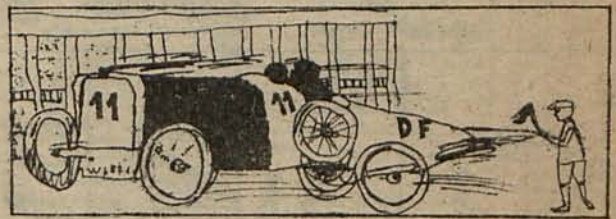
Pinocho, por alambique, fué a cazar a Mozambique.



Se encuentra frente a una cueva y a cazar va a entrar en ella.



Pero le sale al encuentro un tigre feroz y hambriento.



¡Vencedor!

ANTONIO M.^a VEGA.
Once años. San Sebastián.



Pinocho, en un periquete, corta en dos un arbolete.



Y espera, altivo y retador, al tigre hambriento y feroz.



El tigre, que esperaba en buena hora, fué a parar en un minuto a la horca.

LUIS BIERKEVO.—Catorce años. Cintruénigo.

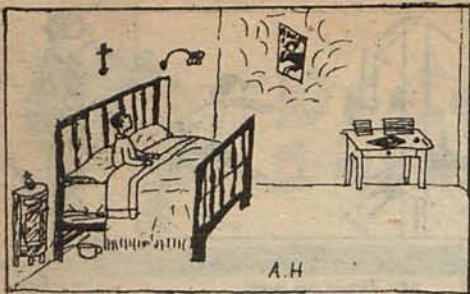


Con este globo de Mira con satisfacción—está su sobrina explicando—cómo en su tía jugarle una estudiando la lección, un momento la cabeza echa a volar.

JOSÉ JUSIA.
Ocho años. Madrid.



Pinocho, soldado.
MARÍA ANTONIA GAMBARRA.
Once años. Madrid.



A.H.

El sábado, por la noche, no duerme Periquín, pensando que el domingo sale Pinochín.

ARACELI HÉCTOR.
Doce años. Madrid.



Una expedición del capitán Cok.

Pinocho, vencedor.

P. BISCANSA.
Diez años.

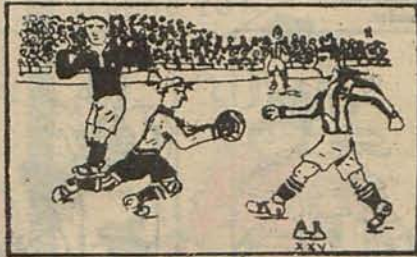


La hija de D. Nicanor.
I. GONZÁLEZ GÓMEZ.
Ocho años. Sevilla.



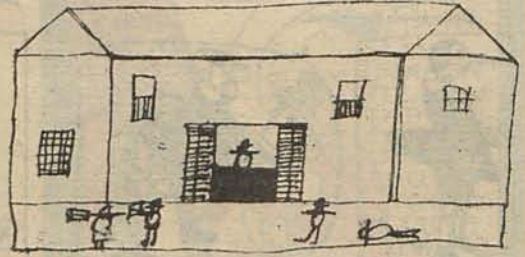
De negras un campamento bajo el azul firmamento.

ANA MARÍA DE SANTIAGO.
Doce años. Vitoria.



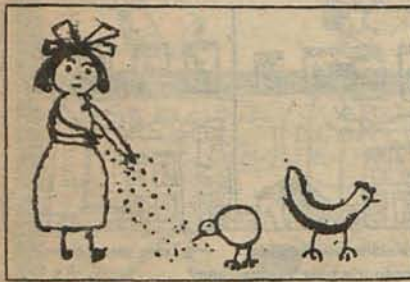
Salida del guardameta.

ALFREDO REILAÑO.
Diez años. Madrid.



Los muchachos de hoy en día entran a comprar PINOCHO todos en la papelería. Y tanto les ha gustado Pirula, Curriñe y Don Turulato, con los cuales han pasado alegres muy buenos ratos.

LUIS PIRIS.
Cáceres.



Mariquita y su pollito.

A. M.—Vitoria.



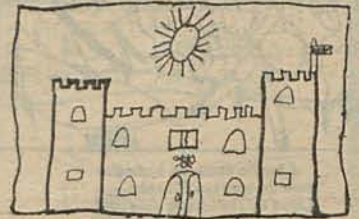
Pinocho con dolor de muelas.

JOSÉ LUIS ALCALDE.
Madrid.



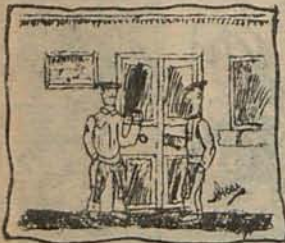
—¿Podrá usted decirme cómo murió Luis XV?
—Le cortaron la cabeza y murió a consecuencia de la herida.

CARLOS G. DÍEZ.
Madrid.



El palacio del conde Pinocho.

M. T. URRUTIA.
Valladolid.



—¿Qué haces ahí?
—Que me parece caro sacar una muela.
—Saca un diente, pues, y te será más barato.

OSCAR LÓPEZ.
Diez años. Vitoria.



El clon y su perro.



Chapuzón.

RAFAEL SALCEDO.
Doce años. Madrid.



—¿En qué se parece ese hombre a un pescado?
—Pues en que ba-ca-lao.

ANTONIO PASTOR.
Diez años. Alicante.



Mis primos.

JUAN DE BACALE.
Once años. Córdoba.



Chiquilín, paseando.

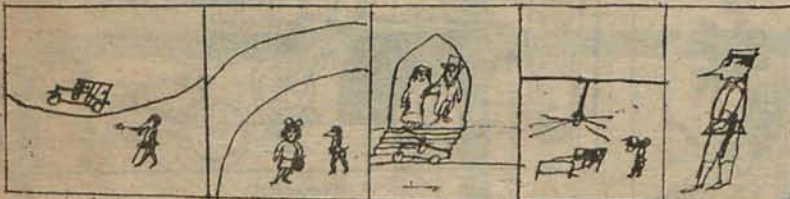
JULIÁN ALABANT.
Once años. Barcelona.



La señora Menegilda, con un soplido enorme, hace volar el sombrero, y de sentimiento se le marchó el tapón a la sidra.

Mientras el que quedaba se puso el sombrero y saltaba de contento en la silla porque le llababan el jerez.

GERMÁN GONZÁLEZ.
Diez años. San Sebastián.



Iba Pinocho paseando.

Cuando de repente se enamoró de Pirula.

Y al otro día se casaron.

Y Pinocho tuvo un hijo.

A los veinte años, el hijo de Pinocho fué soldado.

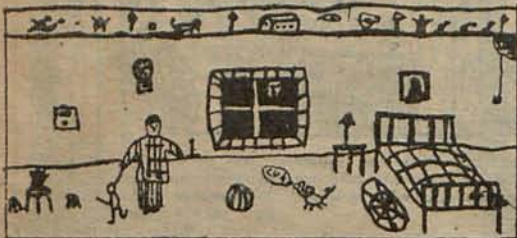


Pasaron años, y el hijo de Pinocho se casó y tuvo hijos.

Y Pinocho fué abuelito.

Y Pinocho se murió, y sus nietos fueron mayores.

LUIS SABADÍE.
San Sebastián.



Mi amigo Kiko al meterse en la cama.

JOSÉ MANUEL ELOSEGUI.
Nueve años. San Sebastián.



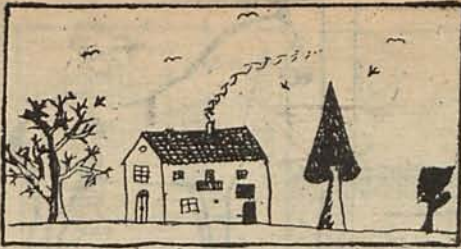
El que se casa con una médica, si es radioescucha, tendrá una buena galena.

JOSÉ LUIS ALMUNIA.
Catorce años. Valencia.



El paseo.

FERNANDO MATA.
Seis años. Madrid.



La venta de un pueblo.
FRANCISCO GALLANA.
Once años, Madrid.



La cabeza de mi amigo.
ENRIQUE RAMOS G.
10 años, Málaga.



Una mamá y su niño.
GLORIA VILLABONA
Diez años.



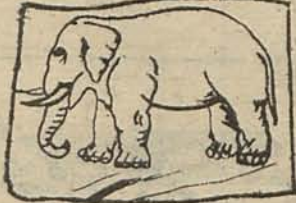
Un formidable portero.
ROSARIO R. JIMÉNEZ
Trece años, Santander.



Exploradores de Barcelona.
FERNANDO PIÑANA
Trece años, Barcelona.



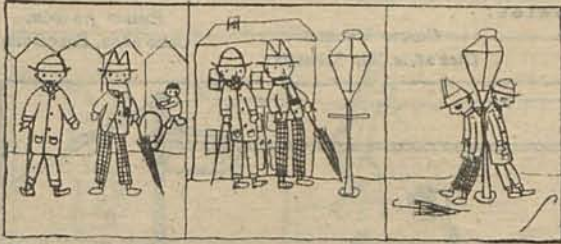
El mejor éxito.
C. M. CABRAIN
12 años, Gijón.



Un elefante.
ALFONSO GÓMEZ Y SUÁREZ
Diez años, Orense.



Un pescador.
JAVIER IBAZUSTA
Siete años, Tolosa.



Don Crispín y Don Tadeo fueron a dar un paseo. Encontraron un farol y descansaron los dos. y tan cansados estaban que dormidos se quedaban.
JULITA REDONDO
Nueve años, Madrid.



— Cuando un reloj dé catorce campanadas, ¿qué hora es? — La de llevarlo a componer.



Ermita en la sierra.
CARMELITA AMADOR JIMÉNEZ
Ocho años, Sevilla



Paseo de la libertad.

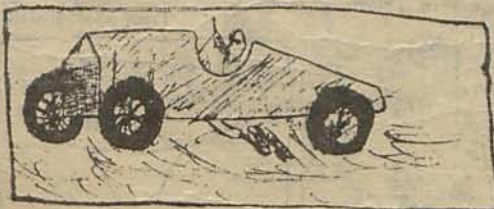
FRANCISCO XAVIER.
Nueve años, Madrid.



Nuestra casita de campo.
MARY ORTEGA.
Once años, San Sebastián.



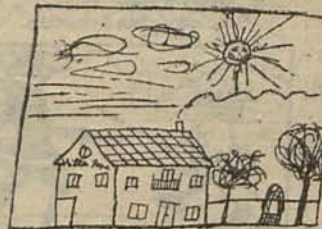
Un tipo simpático.
P. ROMERO
13 a., Beasain



Gran carrera.
JULIO A. CABRELA.



Un puente.
CARMEN ROCA.
Diez años, Valencia.



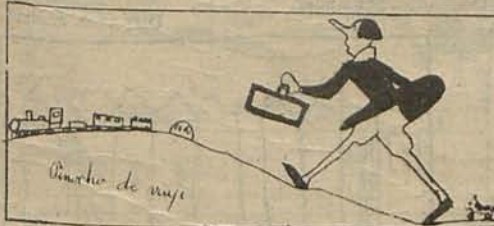
Mi casa de verano.
RAFAELITO FONTÁN.
Nueve años, Madrid.



Pinocho y Chapeto.
RAMÓN TRIGO.
Ocho años, Madrid.



Una primita mía.
CONCHITA ORIA DE LA SASTRA, 12 años, Santander.



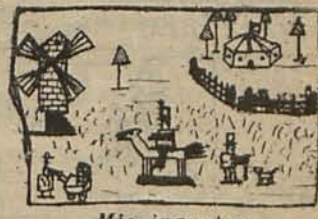
Pinocho de viaje.
EMILIO GARCÍA.
Once años, Madrid.



El lorito de mi casa.
EMILIA FIGUEROLA.
6 años, Salamanca.



Tienes que ser bueno para que te compre PINOCHO
CARLOS LÓPEZ URUÑUELA.
Trece años, Avila.



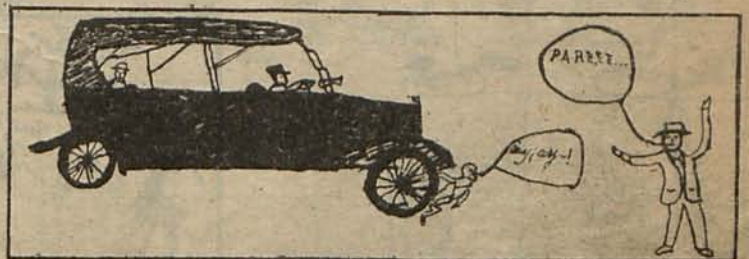
Mis juguetes.
JOSÉ LUIS GURRUCHAGA.
Nueve años, San Sebastián.



El doctor que veis ahí, cura siempre a Pinochín.
Manuel Solano González.
9 a., Jerez.



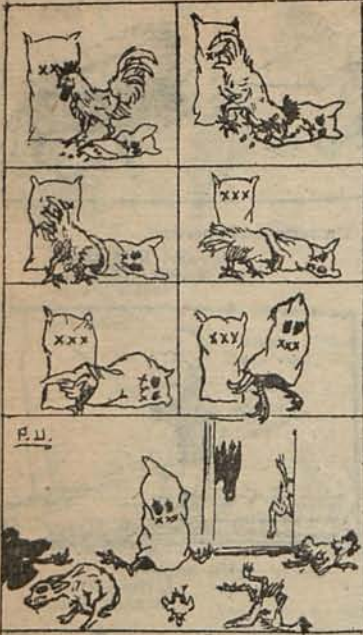
Dos barracas valencianas. (Apunte tomado del natural.)
ELISEITO SALDES.
Ocho años, Valencia.



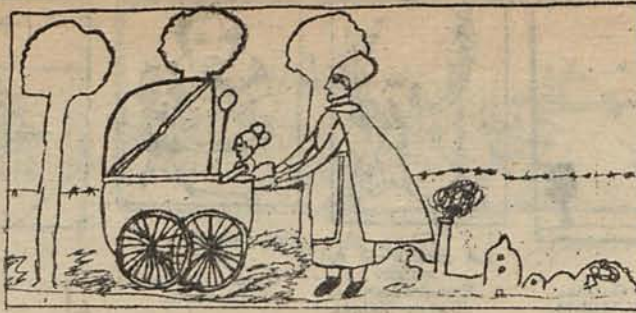
Un atropello natural.
EUSEBIO RODRÍGUEZ.
Doce años, Puerto de la Cruz.

Nueve años, Alicante.

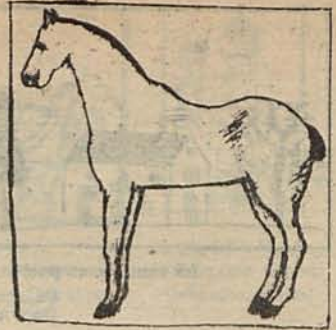
Historieta muda.



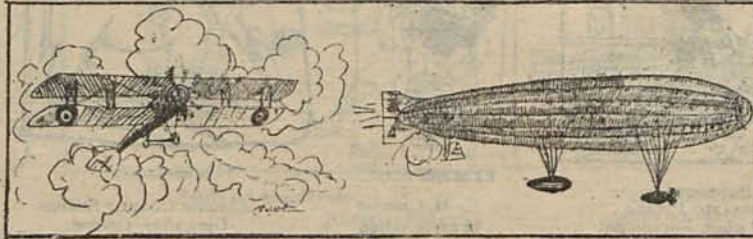
El gallo fantasma.
 JOSÉ UBIETA, doce años. Madrid.



El ama de mi hermanita en Rosales.
 ESPERANZA RUIZ,
 Once años. Madrid.



Caballo de carreras.
 RAFAEL MUÑOZ NAVAS,
 Córdoba.



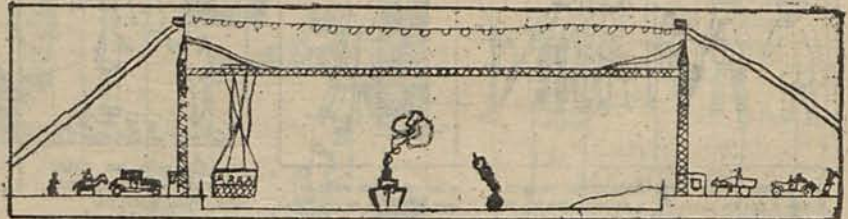
Magníficos vuelos.
 CORITO VALERDI,
 Diez años. San Sebastián.



Mapa de España.
 EMILIO ANADÓN,
 Ocho años. Barcelona.



Una casa de campo.
 JOSÉ ZÚÑIGA,
 Diez años. Madrid.

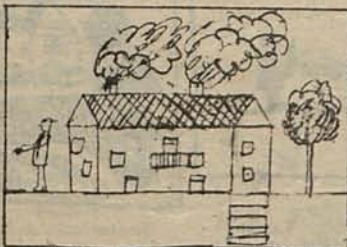


El puente de Vizcaya.

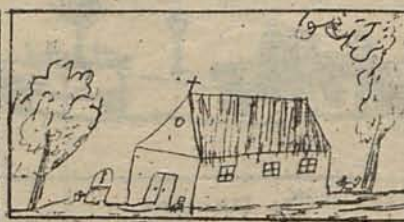
ANTONIO BASAGOITI,
 Nueve años. Madrid.



El castillo de Strong.
 CELESTINO FERNÁNDEZ,
 Trece años. Madrid.



Casa de campo.
 MARÍA TERESA ARRIGA,
 Ocho años. San Sebastián.



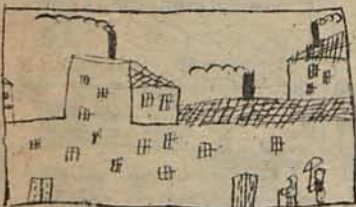
Una barraca valenciana.
 AMALIA SÁNCHEZ,
 Once años. Toledo.



Aldeana.



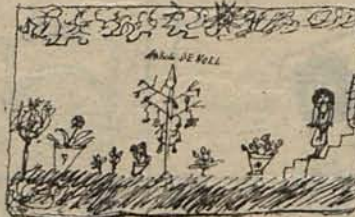
Un ajusticiado en la Edad Media.
 C. F.
 Trece años. Madrid.



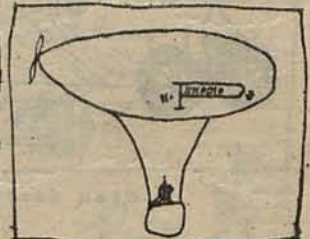
Mi casa.
 FRANCISCO ALVAREZ,
 Nueve años. Madrid.



DUELO
 FERNANDO GARCÍA DÍAZ,
 Trece años. Madrid.

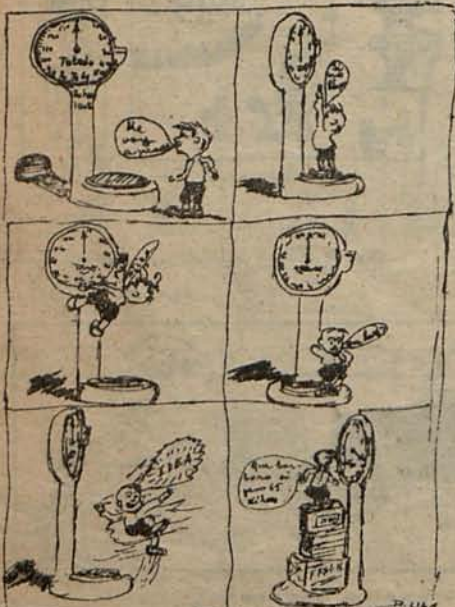


El jardín de Marujita Giraldo.
 JOSÉ MARÍA SÁENZ,
 Doce años. Santander.



Pinocho en dirigible.
 L. RAMÍREZ,
 Diez años. Madrid.

¡VAYA IDEA!



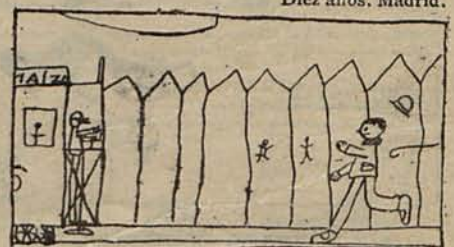
Cómo se pesa Tancredo.—Pilar Ubieta, 11 años. Madrid.



Lili pasa grandes sofocones por no coser sus botones.



Y un día que así salió los pantalones perdió.
 GLORIA VILLANOVA,
 Diez años. Madrid.



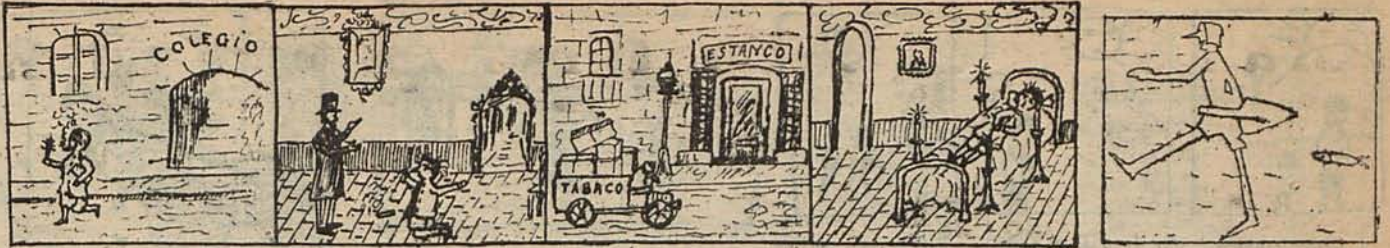
Uno que llega tarde.

MARÍA MATA,
 Ocho años. Madrid.



La radio en el Africa.

ALBERTO G. TAPIA, once años. Madrid.



Empazar hoy a fumar es quererse suicidar.

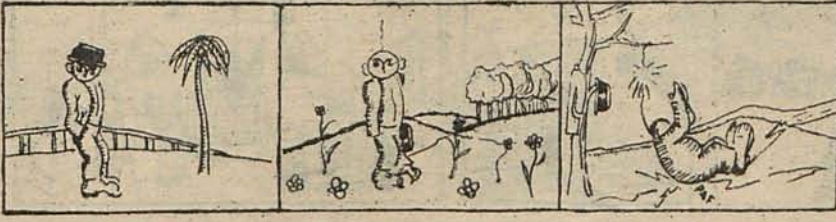
El tabaco es medicina; hoy se llama tagarnina.

Quiere la Tabacalera que la Humanidad se muera.

Luisín no siguió el consejo y no se pudo hacer viejo.
MARUJITA CLAVER.
Nueve años.

Pinocho con su pececito en el fondo del mar.
JUAN NAVAS.
Nueve años. Madrid.

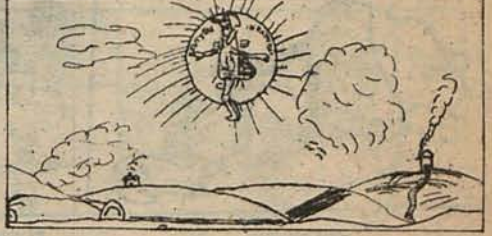
ASÍ ES LA VIDA



El hombre se desespera porque perdió la cartera.

Maldiciendo de la vida se convierte en un suicida.

Se cuelga de un débil lazo y se pega el gran porrazo.



Eclipse total.—ANTONIO BERNAL. Nueve años. Madrid.



Toma un revólver, aprieta... y la bala se está quieta.

Emprende feroz carrera y ¡oh dicha! ve la cartera.

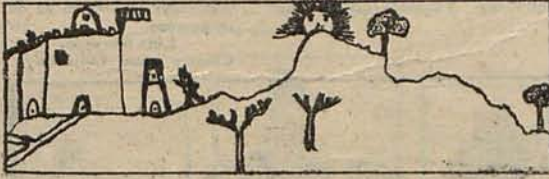
Y cuando la vida goza, pasa un auto y lo destroza.
HERIBERTO TORRADO.
Doce años.



Los pequeños lectores.
CARMEN R. AMORES.
Doce años. Priego de Córdoba.



Pinocho, pintor.
MARÍA TERESA BONAL.
Doce años. Zaragoza.



El castillo.
FRANCISCO BAÑULS.
Nueve años. Barcelona.



Un bañista.



Con la propi me compro PINOCHO.
JOSÉ MENÉNDEZ.
Catorce años. Gijón.



Una buena parada.
JUAN J. OLIVER.
Diez años. Barcelona.



Un banquete.
PILAR UBIETA.
Once años. Madrid.



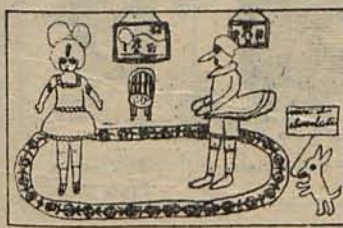
Una carbonería.
JAIME NORIEGA.
Nueve años. Madrid.



Nochebuena.
MARGARITA FUEN IES.
Trece años. Sevilla.



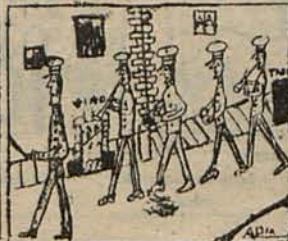
La iglesia de mi pueblo.
J. N.
Madrid.



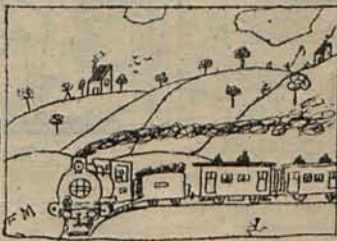
Mi primita Luisita y Pinocho.
ESPERANZA RUIZ.
Once años. Madrid.



Labrador.
NICOLÁS MORÁN.
Ocho años.



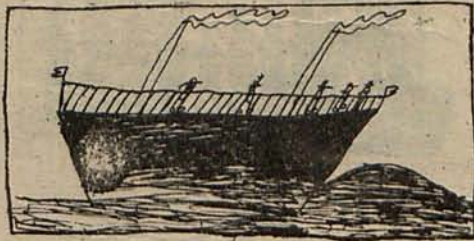
La música del «Torrico».
ANATOLIO DÍAZ.
Catorce años. Toledo.



Corro más que el exprés.
FERNANDO MATA.
Seis años. Madrid.



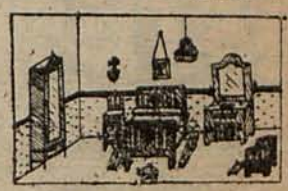
Pinocho, de etiqueta.
JULIO JACINTO.
Madrid.



El viaje de mi tía Teresa a Ceuta.
MIGUEL LUANCO.
Siete años. Córdoba.



No caigo en esta solución. Ya creo caer.
MODESTO MORÁN GUTIÉRREZ.
Cáceres.



El cuarto de mi hermanita.
LUIS LEAL.
Diez años. Madrid.



Un soot de bolea.
VICENTE SOLER.
Nueve años. Alicante.



Un cadete.
ENRIQUITO SÁNCHEZ.
Tres años. Toledo.



Del Europa.
IGNACIO HERNÁNDEZ.
Siete años. Carabanchel.



Un gato.
MARÍA ALONSO.
Diez años. Madrid.



¡Je, je!



¡Ja, ja!
CARLOS G. DÍEZ.
Madrid.



Mi mejor amigo.
AURORA BLOND.
Siete años. Madrid.



Salen de paseo, su hijo y Tadeo.

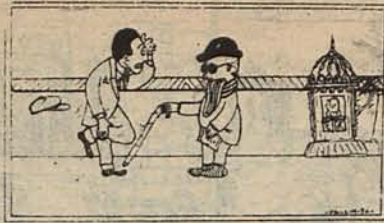


Pero ven un león y se asustan mucho.



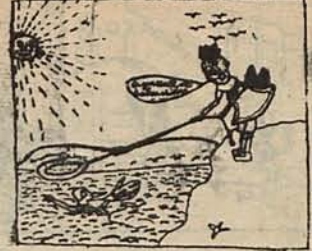
Pero lo que creían león era su amigo Perico disfrazado.

FERNANDO MORENO.
Madrid.



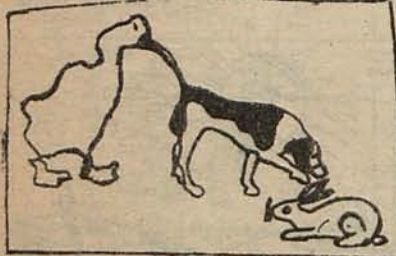
¿A quién le doy la suerte?

JACINTO
Madrid.



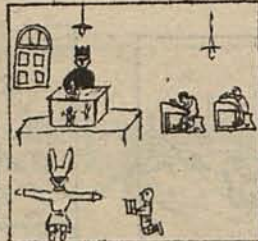
Pinocho, bañándose.

LUIS SAGRA.
Nueve años. Coruña.



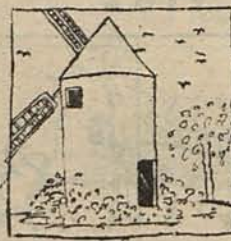
Mis amigos.

ENRIQUE LÓPEZ.
Once años. Ceuta.



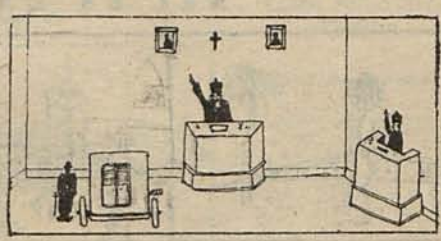
El colegio donde yo voy.

HARAEI MARTÍN.
Diez años.



El molino.

MANUEL DE GÓNGORA.
Once años. Madrid.



El colmo del señor Juez: Reformar el auto... el auto de la prisión.

MANUEL TREVIANO.
Doce años. San Sebastián.



—¿Ha visto algún trapacio?
—Sí, señor.
—¿En dónde?
—En el Circo.

JOSÉ BAQUÉ.
Zaragoza.



El colmo de un futbolista: Ir al mercado para aprender a regatear.

C. PÉREZ GARCÍA.
Nueve años.



El hijo de D. Nicanor.

ISABEL GONZÁLEZ.
Ocho años. Sevilla.



D Gazapete es un tío muy regordete, que se pasa las horas leyendo PINOCHO y hace trabajar a su hijo Gazapillo.

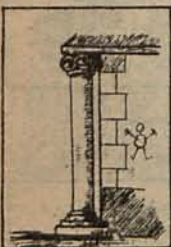


Pero amanece un día de viento y nota que las aspas del molino no se mueven. Y garrándose a un aspa...



le zaranda buen rato. Entonces, Gazapillo, que quiere vengarse, suelta la cuerda y ¡cataplú!, Gazapete se da un porrazo.

LUIS BERMEJO.
Catorce años. Cintruénigo.



Columna de refuerzo.

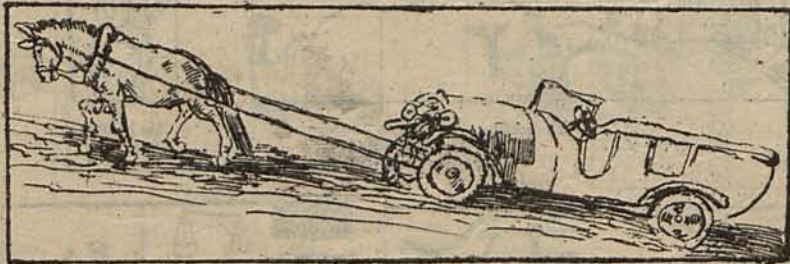


El ala derecha.



El grueso del ejército.

PITUCA.



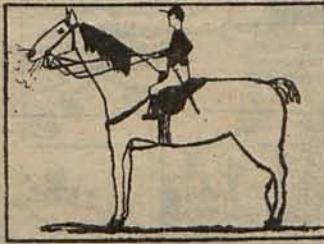
En las cuestas arriba quiero mi burro.

MIGUEL DEL RÍO.
Ocho años. Pamplona.



Un penalty.

JOSÉ D. G. RAMOS.
Once años. Colunga.



El Ganador.

LUIS DE GÓNGORA
Madrid.



Cabo.



Golfo.



GEOGRAFÍA

Continente.



Es... collera.

PILAR GILIS.
Doce años. Guernica.



Tenía Juanito un hermoso cordito.



Al pobre cochinito le mata Juanito.



De este cochino sale embutido fino.



El equipo de mi colegio.

K-L-A.
Diez años. Madrid.



Vende el embutido para comprar un vestido.

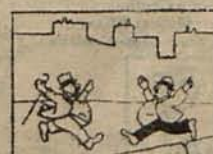


Y con el vestido va Juanito a pescar con su perro.



Ve el vestido un araguito y le dice que es muy bonito.

JOSÉ M. GÁLVEZ.
San Sebastián.



— ¡Cielodios! — ¡Bonifacio!
— ¡Un abrazo! — ¡Sí, un abrazo!

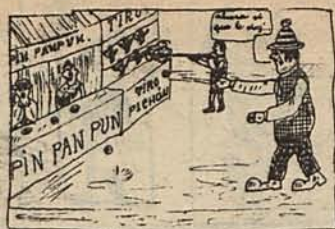


¡Chis...! ¡Puff! No pueden.

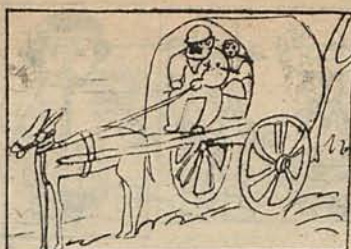
VIRGILIO VILLAVARDE.
Nueve años. Valencia.



Pinocho un buen ciclista.
CARLOS FRÍAS.
Catorce años. Albacete.



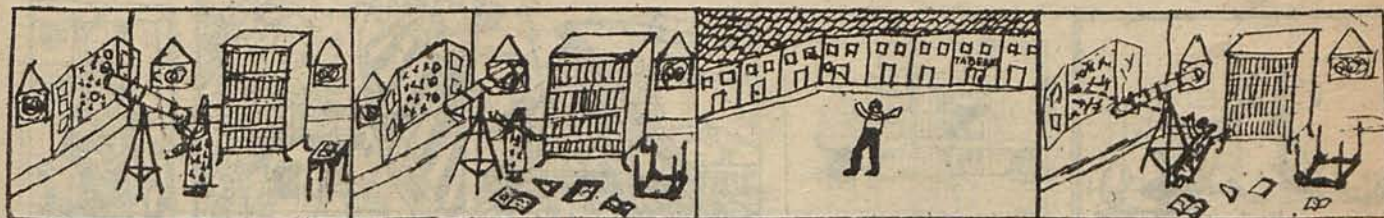
Un niño tirando al pin-pan-pun.
ALFREDO DÍEZ.
Doce años.



Un día de campo.
ALFONSO PEÑA.
Diez años. Madrid.



Un kiosco.
ANTONIO CAMPOS.
Diez años. Alicante.

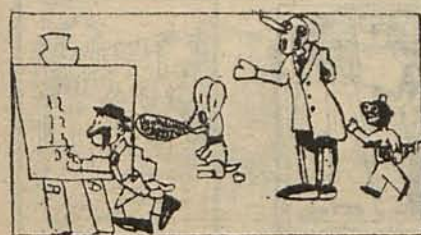


A este gran sabio ved
que las estrellas quiere
por su anteojo ver.

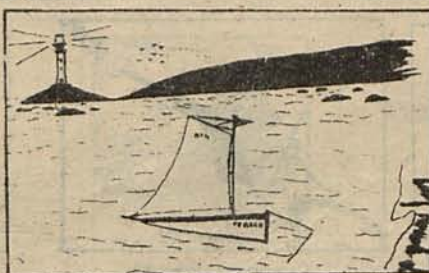
Pero está desesperado,
pues con su gran anteojo
no consigue ver a Urano.

Este chico, intencionado,
al ver al sabio ocupado
una piedra le ha tirado.

Y ya puede estar ufano,
pues con la piedra del chusco
vió las estrellas y Urano.



Pinocho, maestro.
AGUSTÍN GONZÁLEZ.
Nueve años. Madrid.



La Ria.
MANUEL LOSADA.
Diez años. Pontevedra.



Torambolo se baña y ríe
solo.
CARMENCITA ESPINÓS.
Seis años.



Mi perro, corriendo.
IVÉS LERCHUNDI.
Seis años. Bilbao.



El perrito de Xaudaró.
LUIS DE GÓNGORA.
Doce años. Madrid.



¡Viva Pinocho!



La casa de campo de mi amigo
Perico.
RICARDO MORENO GÓMEZ.
Seis años. Antequera.



Marina.
PAQUITO DURAND.
Doce años. Madrid.



Mariposas libando en las
flores.
CARMELITA FAJARDO.
Madrid.



Pinocho, campeón de to-
das las carreras.
J. L. MUÑOZ.—Nueve
años. San Sebastián.

COLÓN



Personajes celebres

Colón en el convento de la
Rábida.

Fernando concede a Colón...

Embarque de Colón.

La tempestad.



Rebelión contra Colón.



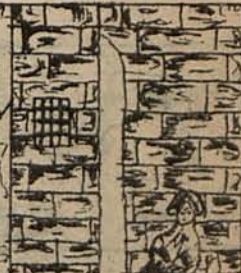
¡Tierral



Desembarque de Colón.



Colón, preso.



Cárcel de Colón.



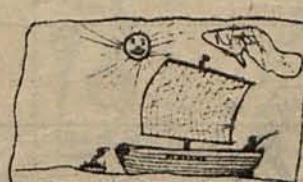
Una casita.
RAMÓN PÉREZ.
Siete años. Za-
raguza.



Pata de pato.



El ray de los mu-
ñecos.
RAFAEL BUENO.
Diez años. Madrid



Una barca perdida.
FERNANDO RODRÍGUEZ.
Nueve años. Madrid



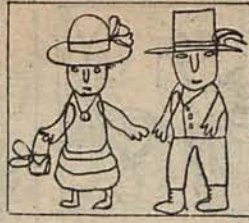
Pinocho, pianista.
LUCIANO GILDE.
Doce años. Madrid.



Un caserío guipuzcoano.
LUIS MARTINEZ.



En el paseo.
JOSÉ LUIS.
Nueve años. San Sebastián.



Dos turistas.
LUIS BADIOLA.
Ocho años. Salamanca.



Mi muñeca y un pescadito.



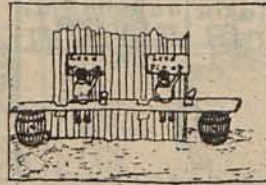
Mi mamá en la playa.
CARLOS LUZURIAGA.
Madrid.



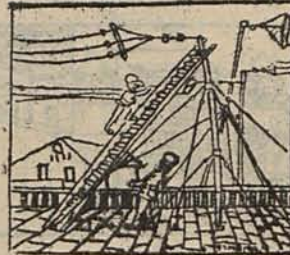
Juanito en su barca.
CARMEN RAMOS.
Ocho años. Málaga.



Un buen ejemplar.
PEDRO GUAL.
Once años. Barcelona.



Los anunciadores de PINOCHO.
PILAR VILLAR.
Trece años. Valladolid.



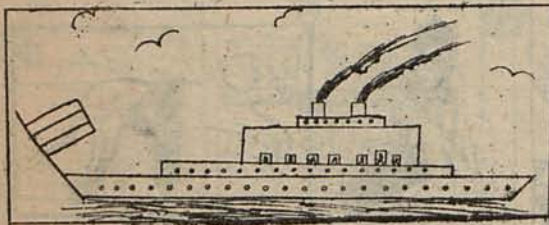
Telegrafía sin hilos.



Carreras de autos.

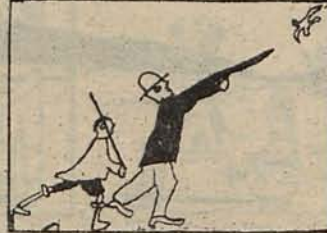


Figura artística.
FERNANDO REQUERA.



Vapor «Málaga».

DOLORES RAMOS.
Nueve años. Málaga.



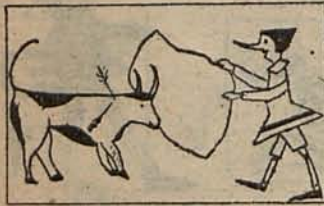
Cazador del ojo tuerto,
¿cuántos pajaros has muerto?
—Yo, con éste, si le mato,
me faltan tres para cuatro.
ROBERTO LERCHUNDI.
Siete años. Bilbao.



El pintor.
A. DIEZ.
Doce años.



Una cocinera.
RICARDO DE LA CAMPA.
Quince años. Raniloba
(Santander).



Pinocho, torero.
AIDITAS SALUDES.
Nueve años. Valencia.



Casita de campo.
ISIDORA LAIZ.
Cinco años. Guisano.



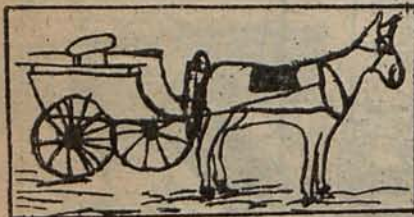
En el Hipódromo.
ENRIQUE HERRERO.
Doce años. Madrid.



Dos amigos.
JOSÉ LUIS HERRERO.
Madrid.



Tía Luisa cuando va de viaje.
RICARDO PINDA.
Ocho años. Oviedo.



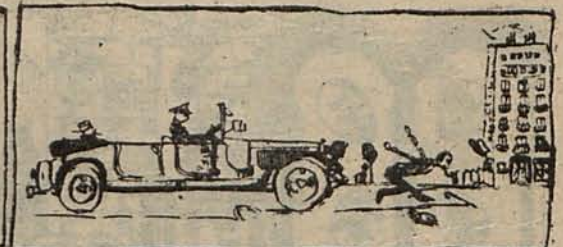
Mi carrín.
JUANITA CAMPUZANO.
Once años. Santander.



—Mezo, esta merluza está muy mala.
—Pues no se ha quejado en todo el día.



Un pájaro audaz.
ASCENSIÓN TROCÓNIZ.
Doce años. Miranda de Ebro.



El atropellado.—Lo que más siento es el traje, que es nuevo.
ERNESTO PAÑERO.
Doce años. Madrid.

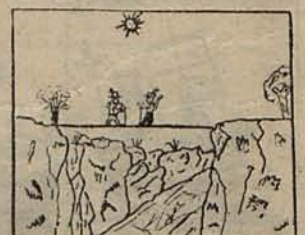


La negrita cara negra se sienta sobre una piedra.

Pero huye despavorida al ver que ésta tiene vida.



—¿En qué se parece un duro a un guardia?
—En que no se les encuentra cuando se les necesita.



Uno de los viajeros.—¿Haría usted el favor de apartarse un poco a un lado?

CARMEN PÉREZ.
Diez años. Alicante.



No caigo en lo que quiere decir este periódico.



¡Nada, que no caigo!

PAQUITA GALIANO.
Once años. Madrid.



¡¡Ahora es cuando caigo!!



Un pino precioso, que parece Pinocho.
MAYTE GONZÁLEZ PINTADO
Once años. Madrid.

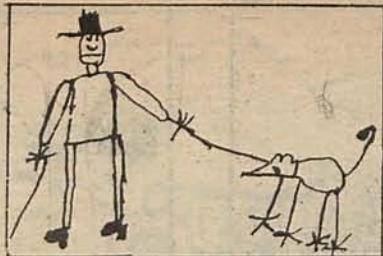


El sonda Clodolfo.
CELESTINO FERNÁNDEZ.
Madrid.



La señora Tomasa.

LUISITA LÓPEZ.
Seis años. Madrid.



El hombre y su perro.

JOSÉ JULIO MARIL ESPERÓN.
Cinco años. Buenos Aires.



La pata le pita al pato
y no se da cuenta, al fin.
de que se van los patitos
por el tubo del hollín.!

CARLOS MOREA.
Trece años. Madrid.



—¿Recuerda usted su número?
—Ya lo creo, 904.
—¡No es posible!
—Si lo sabré yo: mireme el casco.

ADRIÁN TALEZÓN.
Once años. Madrid.



Este niño que
aquí veís — es
un niño con jersey.



Su papá le regaló
un magnífico balón.



Y se fué a jugar, el pilla,
a los jardines de Murillo.

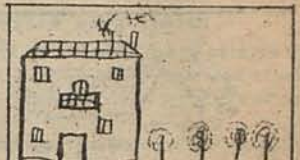


Y fué tanto lo que jugó
que el balón se le rompió.

JOSÉ ROMERO VÁZQUEZ.—Diez años. Aracena.



Cuando a su casa
llegó—su papá le re-
gala.



La casa de Pinocho.

FERNANDO HERREROS.
Diez años. Madrid.



Marina

FERNANDO PINANA.
Trece años. Barcelona.



Pinocho, cazador.
FRANCISCO BRAZALES.
Linares.



Pinocho, amable y con sonrisa. Becasina, de
mal humor.
MARÍA LUISA FERRER. Once años. Barcelona.



El célebre Charlot.
CRISTÓBAL MÉNDEZ.
Doce años. Gijón.



La casa de don Andrés.
JOSÉ MANUEL FLÓRQUIL.
Nueve años. San Sebastián.



En Holanda.
JUAN ANTONIO ABOITI.
Ocho años. Guernica.



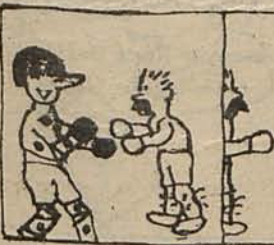
Suscriptor de PINOCHO
y radioescucha.
TOMÁS GARCÍA LARA.
Ocho años. Madrid.



Mi casita de campo.
CONCHITA DÍAZ.
Doce años.



Margarita y Periquín
leen con gusto el Pinochín.
ALICIA MARTÍNEZ.
Doce años. Madrid.



Pinocho, boxeador,
sufre un chasco superior.



Boxea con Turulato.
y en el lance pierde un brazo.

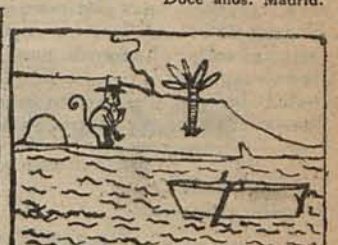


Y por muy poco dinero
lo compone un carpintero.



El rata.—Señora, cuidado con los ladrones.
La señora.—Ya tengo cuidado.

FÉLIX MARTÍNEZ.
Diez años. Madrid.



Mi barca va navegando,
y yo en la orilla mirando.

LUIS GARCÍA.
Once años. Sanlúcar la Mayor.



El ladrón es atacado por la policía.

CÉSAR LUIS PÉREZ.
Diez años.



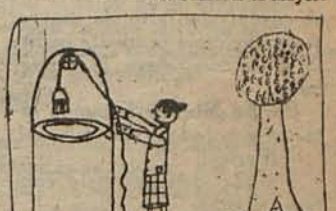
El Palacio de los Reyes
Magos.

RAFAEL CALLEJA
GONZÁLEZ-CAMINO.
Siete años. - Madrid.



Después de cenar, en vez de
ir al teatro, se están tranqui-
lamente en casa.

ANTONIO PARDO.
Zaragoza.



Doña Patillas sacando agua del pozo.
¡Pero siempre seco!

PAQUITO BIQUEBA.
Ocho años. Madrid.



—Buenos días, don Pas-
eal.
—Lo mismo digo, don
Olegario.
ALBERTO DE MAQUA.
Once años. Torrelodones.



—¿A que no sabes en qué
se parece una casa a una nar-
riz?
—En que tiene ventanas.
CRISTINA R. DE LA CUESTA.
Once años. Santander.



¡Embustero!
ALBERTO URRU-
TIA.
8 años. Bilbao.



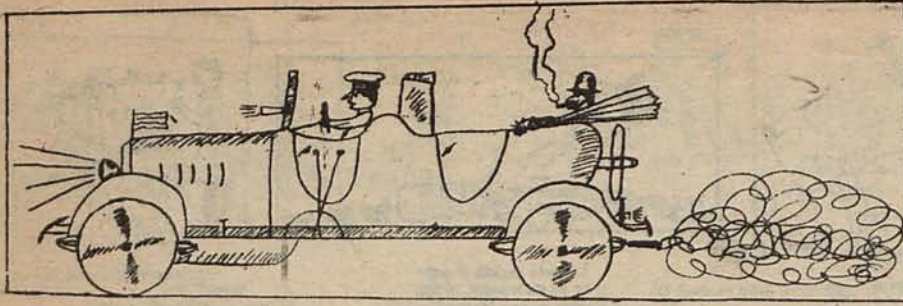
Guerrero indio.
GUILLERMO A. DEL
REAL.
Nueve años. Madrid.



A Pinocho, que es amigo,
le convido con un higo.
JESÚS RODRÍGUEZ ESPINOSA.
Diez años. Salamanca.

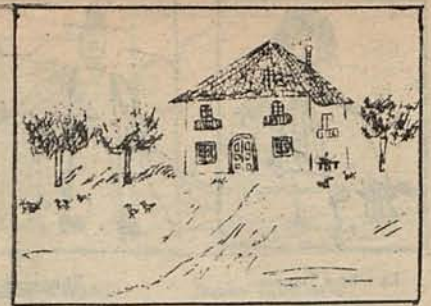


Mi perrito Chu-chú.
MANUEL DE GÓNGORA.
Once años. Madrid.



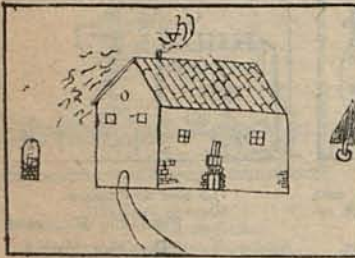
Multa por exceso de humos.

MARÍA ROSA GARCÍA.
Diez años. Madrid.



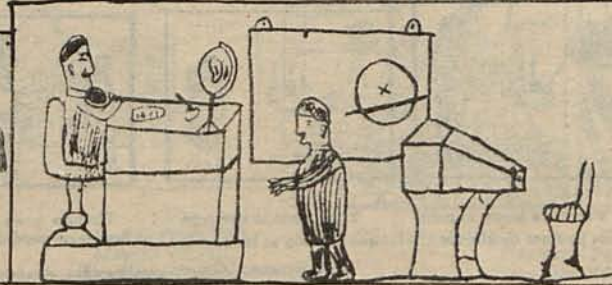
Casa de campo.

LORENZO MORET.
Madrid.



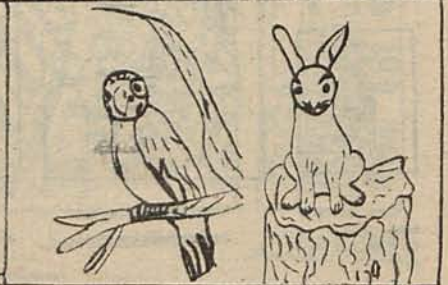
Casita adonde voy a veranear
a San Rafael

M. GALONES.
Trece años. Madrid.



—¿Qué es radio?
—Radio es un aparato compuesto de antena, bobina, galena y auriculares.

SANTIAGO CANALES.
Doce años. Barcelona.



Amigos de bosque.
La lechucita y el conejito.

JOSEFINA PIÑEIRO.
Trece años. Madrid.

C U E N T O S

¡Pobre Pajarito!

La niña estaba muy triste. Sus papás sabían todo lo que le pasaba en el colegio. Hoy no te has sabido la lección. Hoy has llegado tarde, hoy has regañado con una niña y tú debes ser buena porque las niñas que no lo son, no las quiere nadie. —¿Quién dirá a mis papás todo lo que yo hago?— pensaba la niña. Ya un día se atrevió a preguntárselo a su mamá, y ésta la contestó que todo se lo contaba un pajarito; ¿qué pajarito podría ser? ¿Sería el canario tan bonito que sus papás le regalaron el día que hizo la primera comunión? No, eso de ninguna manera; aquel pajarito que en el momento que la veía entrar se volvía loco dando saltitos cuando le ponía azúcar en la jaula, no podía ser su enemigo. Pero como en el colegio no había pajarito, ninguno podía ser más que el de su casa. La niña lo quería mucho, pero también le molestaba que en su casa supieran lo que fuera de ella la pasaba, y, para evitarlo, un día abrió la puerta de la jaula y el pajarito se marchó y ella quedó tranquila. Pero, ¿cuál no sería su asombro al volver del colegio y decirle sus papás que aquel día la habían puesto de rodillas por haberle hecho figuras a la maestra? Esto le dió en qué pensar, y aquella noche no pudo dormir, y pensando y pensando se acordó de que su mamá recibía con frecuencia unas cartitas que bien podían ser de la maestra. Tan pronto se levantó, buscó y encontró una que le hizo comprender su error al soltar el pajarito, pues en ella daba la maestra detalles de todo cuanto en el colegio hacía. Rompió a llorar por lo injusta que había sido con el pobrecito canario, que por culpa de ella ya no comería más azúcar y estaría pasando hambre, sed y frío.

PILAR ROMERO FERNÁNDEZ.
Madrid (10 años).

De golfillo a Ministro.

En un pueblecito de la Gran Bretaña vivía en un bosque, no muy distante de la ciudad, una pobre viuda con un niño de doce años.

Estaba un día el niño comiendo pan cuando se le acercó una viejecita, diciéndole:

«Buen niño, ¿me das un pedacito de pan?» El niño, que era caritativo, le dió un pedazo. «Puede que algún día te pueda pagar lo que hoy has hecho por mí». Fué el niño a hablarle, pero había desaparecido.

Han pasado cinco años. En la capital, frente al Palacio Real, se amotina la gente. De pronto se abre el balcón y sale un heraldo diciendo: La hija del rey está prisionera en el castillo del mago «Malvado», y para rescatarla hay que pasar algunos puentes en los cuales desaparecen las personas que han intentado pasarlo.

El muchacho, pues ya había crecido, se dirigió hacia el castillo. Iba andando, cuando se le apareció la vieja que él le había dado el pan. «Toma este par de botas, con las cuales podrás pasar los puentes sin peligro».

Así lo hizo, y pudo rescatar a la princesa. Entonces el rey le concedió la mano de su hija, los cuales vivieron muy felices por el resto de sus vidas.

ANTONIO ROCA BOSANO.

La Línea (Cádiz). 14 años.

C H I S T E S

Soñar despierto

Hallábanse dos gallegos en una misma habitación haciendo vida común. Uno de ellos se encontraba falto de dinero, y aunque creía prudente pedirlo a su compañero lo repugnaba.

Por fin determinó cuando estaban acostados, y le dijo así:

—¡Pericu!

—¿Qué quieres? —le contestó el otro.

—Te quiero mucho.

—Buenu, hombre, buenu; yo también.

—Te quiero más que a mi madre.

—Buenu, hombre, buenu; pero déjame dormir.

Al poco rato le vuelve a llamar:

—¡Pericu!

—Pero hombre, ¿qué quieres?

—Es que te quiero más que mi padre.

—Buenu, hombre, buenu; pero déjame dormir.

Por fin se descoró, y le dijo:

—¡Pericu!

—Hombre, qué quieres; dime lo de una vez.

—Empréstame un duro.

—Dormu. Dormu.

—¿Y... me hablas?

—Es que estoy soñando.

RAFAEL M.

—¿Cuál es el bar de Madrid que tiene todo mejor pintado?

—¿...?

—El bar Niza, porque «bar-niza».

JUAN M. FANJUL.
Madrid.

El colmo de un carpintero:
Vivir en la península de Kola.

(La península de Kola está al N. de Europa).

—¿En qué se parece la casa real a una baraja?

—En que tiene reyes.

—¿En qué se parece el litoral de Africa a Madrid?

—En que tienen golfos.

PEDRO GRAGERA.
Ocho años. Madrid.

—¿Cuál es la carne que les gusta más a los estudiantes?

—No comprendo.

—Pues la de vacación.

—¿Qué cara es la que le gustan más a los jugadores?

—¡...!

—Pues la cara-mbola.

—¿En qué se parece un libro a una peseta?

—En que tienen canto.

DANIELITO PALANCA.
Nueve años. Madrid.

—¿Desde qué sitio se ve mejor un partido de foot-ball?

—Desde el balón, porque no se pierde golpe.

—¿En qué se parece el «Metro» a un torero?

—En que el «Metro» pasa debajo de la Montera y el torero está debajo la montera.

—¿Cuál es el jugador de foot-ball que, si se cae, se rompe?

—¡Kinké!

JOAQUÍN OTAMENDI.
Nueve años. Madrid.

—¿A qué ola debemos temer más?

—A la tercer-ola.

—¿Qué letras dan río, sin ser ni r, ni i, ni o?

—A B C-da-rio.

—¿Qué parecido hay entre las cajetillas de 0'50 y los dedos del rey?

—En que son de-dos reales.

—¿En qué se parece una rueda de reloj a la Alhambra?

—En que está en-Granada.

—¿En qué se parecen los huevos a los billetes de banco?

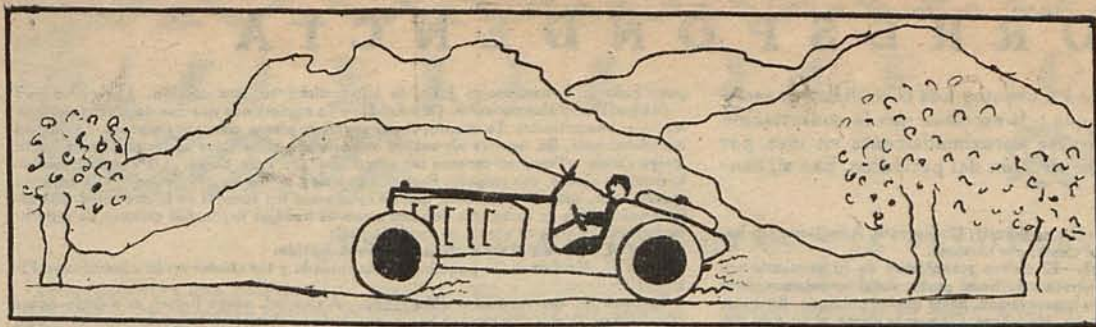
—En que pueden volverse duros.

ANDRÉS CHARLY BARCA.
Pomar de Cinca (Huesca), doce años.

—Y usted, ¿qué oficio tiene?

—El de enterrador, para servir a usted...

CARMEN AGUILAR.
Diez años. Teruel.

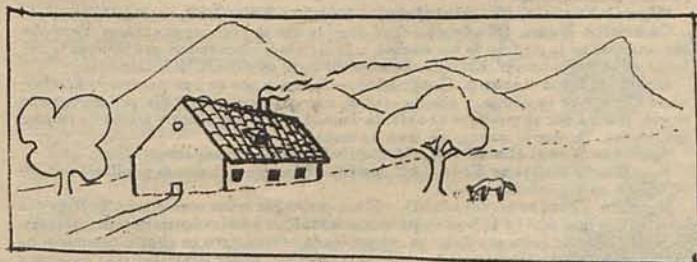


¡A toda marchal

CARMEN DE GÓNGORA.
Ocho años. Madrid.



Serenata.
MARIO SALAZAR.
Nueve años. Alicante.



Mi casita de campo.

ENRIQUE MARTÍNEZ.
Nueve años. Madrid.

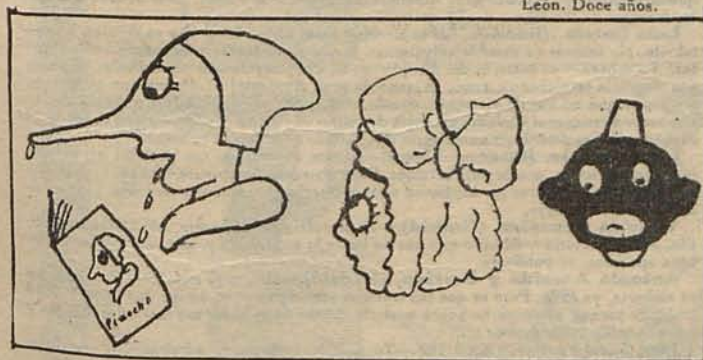
Los hermanos Canuto.

Los canutillos, como les denominan sus íntimos, son dos hermanitos gemelos y son dos niños bien; bien estúpidos ambos a dos, y por cierto que sólo piensan en el daño que pueden hacer a sus semejantes, a causa de lo quejosos que están con la naturaleza, que les ha dado aquellas sus figuras anémicas y ridículas. Y un día que descubrieron a un tío con una fuerza pulmonar que ¡ya, ya!, envidiosos, deciden hacerle una jugarreta con el fin de hacerle pasar un mal rato. Y, en efecto, quedó interrumpida la sinfonía del tío Sopla-fuerte, como le llamaban en el barrio al hombre del trombón.

Pero el tal tío, que lo es en toda la extensión de la palabra, presumió la partida... y dando otra vez juego a su instrumento, e impulso a sus envidiables pulmones, les dió un pistonudo trompazo o trombazo, si a ustedes les parece mejor, con su trombón, como para ellos solos.

Se cuenta que desde aquel día los gemelos Canutillo le han tomado horror a la música de viento.

MANUEL FLORES.
León. Doce años.



Pinocho, Pirula y Carrinche, vistos por Babi.

Ocho años. Madrid.

El elefante arrepentido.

Había una vez un hombre que tenía un elefante hacía muchos años. Mientras el amo le mandó cosas razonables, el elefante obedeció; pero un día el hombre lo maltrató sin razón, y el elefante se enojó tanto que mató a su patrón. La señora y los hijos del pobre hombre se pusieron desesperados por esa desgracia. La desdichada madre, fuera de juicio y llorando, tomó a sus dos hijos, se presentó al elefante, y le dijo: —¡Mátanos también a nosotros! El elefante, al ver eso, compadeció a esa familia, y muy suavemente tomó con la trompa al niño más pequeño y se lo puso encima de sus espaldas en señal de arrepentimiento. Desde aquel día el elefante reconoció al niño por su amo y se dejó conducir por él mientras vivió.

GAETANO MANNETTO.
Buenos Aires. 11 años.

La huerfanita

Era una niña huérfana de padre y madre, que habitaba en una casita blanca junto a un bosque, acompañada de su abuelita.

Un día en que la huerfanita salió por agua, al regresar se encontró a una señora y a un niño pobremente vestidos.

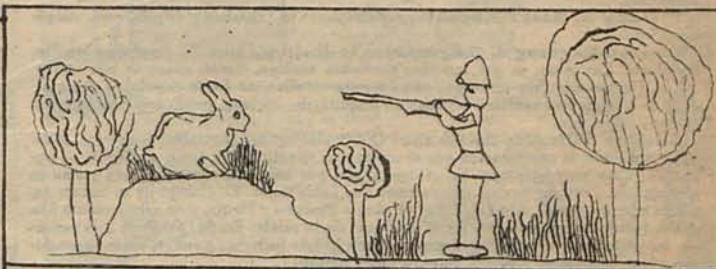
La señora se acercó a la huerfanita y la dijo:

—Niña, ¿quieres hacer el favor de darme un vaso de agua? Venimos desde muy lejos y tenemos sed.

—Sí, señora; toda la que usted quiera.

Poco después desaparecieron la señora y el niño.

Dos días después, salió la huerfanita a comprar pan; en la puerta se encontró a la señora del día anterior, la cual le dijo: —Ven-



El cazador va a matar la liebre.

CARMEN RAMOS.
Siete años. Málaga.

Las tres violetas.

Era en tiempo del Niño Jesús. Entonces, como ahora, las niñas, cuando ya eran mayorcitas, empezaban a ser vanidosas. Entonces les pedían a sus madres que las arreglasen mejor que las demás. Entre ellas había algunas que querían ser flores, y decían:

—Yo quiero ser rosa, para adornar el salón de un emperador.

—Y yo azucena, para que me pongan en esos jarrones chinos.

En fin, todas querían ser flores delicadas. Pero había tres que no decían nada y eran muy humildes, y les preguntaron:

—¿Y vosotras, no queréis ser nada?

—Nosotras seremos violetas.

Y todas se convirtieron en lo que querían. Y una mano misteriosa las llevó adonde querían. Las violetas se cayeron por el camino. Cuando pasaron tres días, las demás se sirvieron nada más que para tirarlas; y del Cielo bajaron Jesús, María y José y recogieron las violetas.

LOLA TERNERO
San Sebastián. Nueve años.

go a premiarte por tu buen corazón. Entra a tu casa y en tu cuarto verás un cajón. Abrelo, y verás lo que te encuentras.

Y al terminar de pronunciar estas palabras, desapareció.

Poco después, y deseosa de comprobar lo manifestado por la señora, regresó rápidamente a su casa, y, en efecto, estaba el cajón, lo abrió y vió un papel que decía:

La Virgen premia a los niños que son buenos.

Levantó el papel y vió que estaba lleno de dinero.

Prosiguiendo en sus instintos, dedicó toda la cantidad a favorecer a los pobres, lo que la hizo acreedora al premio y consideración de sus semejantes, recompensa bien merecida a su extraordinaria caridad.

EUFROSINA GARCÍA.
Doce años. Zaragoza.

¿SABÉIS POR QUÉ?

¿SABÉIS POR QUÉ BOTAN LAS PELOTAS?

¿Por qué bota una pelota, si la despedido contra un muro, contra la pared o suavemente contra la mesa? No deja de ser extraña esta propiedad de las pelotas, de las bolas y de todas las figuras esféricas. Vosotros, buenos aficionados al fútbol, habréis preguntado más de una vez la razón, muy sencilla por cierto, de los saltos de los balones. Se lanzan al aire sólo con la fuerza, más grande o más pequeña, de un puntapié, y caen para saltar nuevamente.

Es alegre el balón, como lo es también, a su manera, la pelota de goma.

Sin embargo, cada salto le cuesta, tanto al balón como a la pelota, un poco de dolor, un ligero aplastamiento.

Cuando tiramos una pelota contra el suelo, al chocar con éste se abolla, se aplasta la pelota. Salta en el preciso momento en que la pelota, una vez aplastada, recobra su forma primitiva, su forma esférica. Salta precisamente al recobrar su antigua figura.

Imaginad por un momento, no una pelota de goma, sino de barro. Tiradla contra el suelo. ¿Qué ocurrirá? Se aplastará, pero quedará pegada al pavimento.

Como no es *elástica*, o lo es muy poco, la pelota de barro no ha podido recobrar su antigua forma. Es decir, que una pelota si no es de una materia *elástica*, no podrá saltar, o saltará escasamente.

El balón, la pelota de goma, la bola de billar botan al chocar con el suelo merced a la *elasticidad*, a la tendencia que tiene todo cuerpo a recobrar su forma primitiva si ésta ha sido violentada.

Si; el marfil, a pesar de su dureza, es un cuerpo *elástico*. Se hacen de esa sustancia las bolas de billar en atención a la *elasticidad* del marfil.

¿Pero se abolla el marfil, la bola de billar, igual que una pelota de goma? Sí, amigo mío.

Cuando chocan dos bolas de billar, se abollan un poquito instantáneamente, y salen cada una por un lado al recobrar su antigua figura.

En la bola de billar, en el choque de dos bolas de billar, nosotros, como es lógico, no podemos ver el abollamiento, porque éste es instantáneo; pero sólo por este abollamiento y por la *elasticidad* que corrige aquél inmediatamente, saltan las bolas de marfil, aunque esto parezca increíble.



HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESSO



SECCIÓN PIRULA



PIRULA, PINTORA

ABANICOS

Durante el verano parece que el hablar de abanicos refresca.

Si yo fuera un señor sesudo y sabiduro, por el estilo de los que escriben el *¿Sabéis por qué?* o las *Curiosidades*, os hablaría del origen y evolución del abanico.

Por ejemplo, os diría que el abanico ha nacido en Oriente, y que los antiguos habitantes de la India se abanicaban con hojas de palmera, de loto sagrado o de junco trenzado.

También podría decirnos que en la China, según se deduce de unos versos del poeta Lo-Ki, el inventor del abanico fué el emperador Norvang —no es preciso que os fijéis en estos nombres; de todos modos habíais de olvidarlos en seguida—, que vivió el año 434, antes de Jesucristo, y a quien le servía, no para abanicarse, sino como signo de reconocimiento para sus tropas.

O que, muy probablemente, los primeros abanicos fueron introducidos en Europa por los cruzados a su vuelta de Oriente...

Pero nada de eso os diré: prefiero hablaros de los abanicos de hoy, que me acaban de ocasionar un pequeño disgusto, seguido de una gran alegría.

Lo del disgustillo ha sido como sigue: figuráos que ayer salí de tiendas para comprar un abanico a una amigueta mía; pero ninguno de los que me enseñaron fué de mi agrado.

El que no era feo, era cursi; el que no era tonto, era vulgar, y el que se salía de lo corriente, caía en un mal gusto abrumador.

Recuerdo unos con «asuntos de actualidad», en los que aparecía un muchachote jugando al fútbol; esto sería muy divertido para él; pero, la verdad, como paisaje de abanico me resultaba poco refrescante.

En otro, de actualidad también, estaba pintado un señor *radioescucha* con los auriculares puestos; no niego que la radiotelefonía sea un gran invento, y supongo que aquel señor estaría embelesadísimo escuchando algún tango de Spaventa; mas para nosotros que no oímos nada, el espectáculo resulta poco interesante.

Pues ¿y los abanicos con perros?

Bien están estos animalitos para ir de caza o para que ladren a los ladrones —los «ladrones» no son los que «ladran», ¿eh?—; mas para abanicarse no les veo la utilidad.

Más absurdos, si cabe, me parecen los abanicos con visos de elegancia y que ostentan unas señoritas remilgadas vestidas a la última moda; tanto monta recortar algún figurín y pegarlo en su lugar.

En cuanto a los de paisaje japonés, son bonitos, y habrán resultado originales... hace muchos años, cuando aún no estábamos hartos de ellos.

Total que, descorazonada, resistiéndome a regalarle a mi amigueta Lily ningún abanico de aquéllos, me disponía a regresar a mi casa con las manos vacías, cuando se me ocurrió una idea que, si no fuera mía, calificaría de genial.

Sencillamente, comprar un abanico

en blanco y pintarlo yo a mi gusto. Y dicho y hecho; la obra de arte me ha salido más que regularcilla; Lily se ha puesto, al recibir mi obsequio, más alegre que un organillo, y yo, en vista del resultado, me he apresurado

a idear otros paisajes de abanicos para vosotras; aquí los tenéis para que con vuestras propias manecitas los copiéis y podáis

así lucir abanicos más originales que todos los que se venden en las tiendas.

La cosa es sencillísima: el abanico de tela

o de papel —lo primero dura más; lo segundo

da más aire— se clava bien estirado con cuatro chinches sobre un tablero.

Os aconsejo que hagais los contornos primero con lápiz y luego los paseis con tinta china, utilizando para ello una finísima plumita, especial para el caso. En cuanto a los colores, podeis variarlos; los que más os gusten serán siempre los más bonitos.

¿Cuál de los tres abanicos vais a escoger?

¿El de Kirika, la niña de la regadera?

¿O el de Mary-Luna, la de la trenza tiesa?

¿O el de Peloncete corriendo detrás de una mariposa más grande que él?

¡Ya estoy deseando saberlo!

□ □ □

